

Cuentos Orientales

¡QUISANTES!
¡QUISANTES!



Antonio del Amo

LE-3475



BIBLIOTECA
DE
CUENTOS ORIENTALES
PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN DE
ÁNGEL GONZÁLEZ PALENCIA
CATEDRÁTICO DE LITERATURA ARÁBIGO - ESPAÑOLA EN LA
UNIVERSIDAD CENTRAL

VOLUMEN VI
¡GUISANTES! ¡GUISANTES!

BIBLIOTECA
DE
CUENTOS ORIENTALES

PRIMERA SERIE

El visir resucitado.

El príncipe que todo lo dió.

El herrero y el califa.

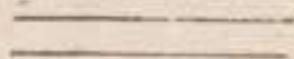
Los cuatro talismanes.

¡Los muertos vuelven!

¡Guisantes! ¡Guisantes!

Las promesas del ingrato.

Las ruinas del molino.



Don.
del Editor.

CUENTOS ORIENTALES

P. 2 pts.

¡GUISANTES!

¡GUISANTES!

PRIMERA EDICIÓN

CON CENSURA ECLESIASTICA



MADRID

E. MAESTRE. — EDITOR.

CALLE DE LAS POZAS, 12.

TELÉFONO 13713.

1980

APROBACIONES

NIHIL OBSTAT

DR. JESÚS GARCÍA COLOMO,

Censor.

IMPRÍMASE

DR. J. FRANCISCO MORÁN,

Vic. General.

Madrid, 13 de noviembre de 1929.

~~~~~  
ES PROPIEDAD  
~~~~~



ABÍA en el Cairo un joven llamado Abdús, huérfano desde muy niño y con escasos recursos. Bajo, regordete y robusto, su cara, espejo del alma, denotaba que tenía pocas luces naturales. Bonachón e infelizote, era objeto de las burlas de todos los chiquillos de su barrio, que a veces llegaban a mostrarse crueles con el pobre idiota. No sentía Abdús ninguna afición por el trabajo.

Los parientes, con quienes vivía, pensaron que acaso el matrimonio hiciera cambiar su vida y ponerlo en el trance de trabajar; por lo cual decidieron casarle con una joven algo mayor que él, de gran disposición y de exquisita prudencia, llamada Fátima. Mas la infeliz no lograba que su

marido hiciera otra cosa que comer, dormir y pasear por la ciudad, mirando todas las cosas sin ver ni enterarse de ninguna, ni lograr más que algún cachete por meterse en lo que no le importaba o en donde nadie le llamaba.

Al cabo de algún tiempo los escasos recursos con que el pobre matrimonio contaba iban agotándose, y el bueno pero tonto Abdús no pensaba en dedicarse a ningún trabajo útil. La infeliz Fátima se desesperaba al ver que su simplón y bondadoso marido era tan holgazán. Sus caricias, como sus amonestaciones, no hacían mella alguna en Abdús, ni Fátima conseguía que se decidiese a emprender cualquiera faena que fuese más útil que la de pasear su imbecilidad por las calles del Cairo.

Cierto día logró la esposa de Abdús que fuera éste a tender un lienzo en las afueras de la ciudad; y como pasara largo rato sin que volviese a casa, acercóse Fátima a ver qué le ocurría. Encontróse a su marido puesto en cuclillas y hablando animadamente con un *carduón* (animal de forma parecida al cocodrilo, pero pequeño e inofensivo, que cuando se le mira, mueve la cabeza de arri-

ba abajo, como si afirmase algo).. El lienzo estaba sin tender.

— ¿Qué haces ahí, papanatas? — preguntó Fátima, extrañada, al bobalicón Abdús.

— Estoy hablando con mi primo — respondió Abdús con aplomo.

— ¡Con tu primo!

— Sí, con mi primo el *carduón*. ¿Verdad, *carduón*, que tú eres mi primo? — preguntó Abdús al animalito, que pareció contestarle sí, con su acostumbrado movimiento de cabeza.

Tal estupidez desesperó a Fátima; por lo cual comenzó a golpear al tonto Abdús. Este se quedó mirando a Fátima extrañado y lleno de terror por aquel trato; y se dispuso a extender el lienzo al sol. Tal obediencia sugirió a Fátima la idea de que quizá a fuerza de golpes consiguiera que su marido cambiase de vida. La puso en práctica y no obtuvo más resultado que ver la casa un poco más limpia; pues el bobo, apenas pudo, se escapó y se fué por las calles, no volviendo a su hogar hasta muy tarde.

— ¿De dónde vienes? — preguntó Fátima, irritada —. ¿Por qué te has ido sin mi permiso?

Y le dió una tanda de cachetes hasta hacerle sangrar por la nariz. Le curó, le acostó y le dijo:

— ¡Mañana nos veremos! Es necesario que



Abdús conversaba con «su primo» el *carduón*.

cambies por completo, ¡idiota! Eres fuerte, rollizo y has de trabajar para no morirnos de hambre. Mañana irás a buscar alguna ocupación a la ciudad; si no traes algún dinero, te llenaré la cara de arañazos.

— ¡Dios mío! — clamaba Abdús, mientras pretendía dormirse —. Si no cambio, me arañará ferozmente. Pero ¿cómo me voy

a gobernar para cambiar y no ser ya más Abdús?

Por la mañana, muy temprano, Fátima despertó a su marido, para decirle, amenazadora y solemne:

— ¡Vete de casa y ajústate con algún amo! Aquí ya no habrá pan para ti, si tú no lo traes. Es necesario que ¡cambies!, ¡¡que cambies!!, ¡!!!que cambies!!! ¿Te enteras, holgazanote? — Y a la vez le zarandeaba sin piedad, enseñándole los puños.

El infeliz Abdús no pudo recordar otra cosa que las últimas palabras de Fátima. Era preciso cambiar, cambiar, cambiar.

En esto iba pensando cuando acertó a enfrentarse con la casa de un panadero; el olorcillo del pan tierno y el calor que el horno despedía le atraieron. Entró. El panadero respiraba por todo su cuerpo alegría y salud.

Pensaba Abdús que allí podía encontrar el pan que su mujer deseaba; creía que comiendo unos días de aquel pan, se pondría gordo y desfigurado; allí estaba la transformación pretendida por Fátima.

El panadero sospechó que Abdús pedía trabajo y se lo preguntó; y al contestarle

afirmativamente, le encargó que desatara un haz de leña y fuera cortando las ramas con una podadera, para ir las metiendo en el horno.

El bobo se puso a la tarea. Comió a mediodía uno de aquellos riquísimos panes que él tanto ansiaba, y por la noche, al concluir las faenas, el amo le dió otros tres panes. Alegre y satisfecho regresó Abdús a su casa; su mujer lo recibió muy bien y lo acarició.

— ¿Te vas enterando — le decía Fátima — de cómo se gana el pan? Tienes que trabajar todos los días hasta cambiar por completo.

Al otro día no dejó Fátima que su marido se levantase tarde, y dándole un par de empujones, le mandó a la tahona. El imbécil se marchó ligero, pensando cuándo estaría cambiado para no oír hablar de cachetes y de arañazos.

Siete días llevaba en aquella ocupación cuando ya comenzó a cansarse. Por un lado, parecía no haber cambiado bastante, puesto que su esposa le regañaba y zarandeaba para que madrugase; por otro, que no podía resistir el martirio de estar todo el día pri-

sionero, él que tanta afición tenía a vagabundear por las calles de la población.

Una mañana salió de su casa decidido a buscar otro acomodo. La tahona era para él una cárcel. Se fué por el camino opuesto, y anduvo durante el día recorriendo las calles del Cairo, sin saber a punto fijo ni lo que buscaba ni lo que quería.

Ya era muy tarde cuando pasó por delante de la tienda de comidas de Sidi Hamdún. Los platos expuestos en el escaparate avivaron su natural glotonería. Dentro vió a varios mozos que iban y venían, sirviendo a los parroquianos. Abdús, hambriento y cansado, sintió envidia de quienes tenían a su disposición los guisos más sabrosos. Entró decidido en la tienda y pidió trabajo a Sidi Hamdún, el dueño, quien lo envió a sus criados para que le dieran ocupación.

Trabajó Abdús hasta bien entrada la noche, y al fin le dieron, en gran cantidad, sobras de los distintos platos servidos, hasta el punto de verse saciado y poderse llevar a su casa una gran marmita, como soldada por su trabajo.

Impaciente estaba ya Fátima por la tardanza de su marido, cuando le vió entrar

sin el pan de costumbre y con aquella comida. Comprendió que no había ido a la tahona, y temió que hubiese robado en alguna parte lo que con tanto entusiasmo traía.

— ¿Qué horas son éstas de venir, gandul? — le gritó —. ¿Dónde te has metido? ¿A quién has robado esto?

Y empezó a zarandearle con furia.

Pero Abdús le explicó que, no estando a gusto en la tahona, por tanta sujeción, se había buscado otro empleo en casa de Sidi Hamdún. Fátima dudaba, y temerosa de que Abdús hubiera robado la comida, le hizo acompañarla a la fonda para cerciorarse. El fondista, maravillado de tal honradez, les dió mayor cantidad de comida y les despidió con buenas palabras.

Varios días continuó Abdús sirviendo en la fonda y considerándose verdaderamente feliz. Comía con avidez, con el pensamiento fijo en la idea de cambiar tanto, que su esposa no le reconociera. Se miraba de vez en cuando al espejo de la tienda, y veía que prosperaba poco. Una vez le sorprendió Sidi Hamdún mirándose y le preguntó qué hacía allí.

— Miraba si he cambiado — contestó el

imbécil, haciendo al mismo tiempo un gesto de disgusto por no haberlo conseguido.

— ¿Es que quieres cambiar? — le preguntó el dueño.

— No deseo otra cosa — respondió Abdús —. Así satisfaceré a Fátima, mi mujer.

— Pues vas a quedar servido — insinuó, socarrón, el fondista —. Precisamente se ha muerto el pinche de cocina, y tú puedes ocupar su puesto.

— ¿Pero me darán también sus vestidos? — preguntó Abdús.

— ¡Claro que sí!

— ¡Cambie, cambie pronto! — suplicó el infeliz —. ¡Con lo que yo tengo pedido a Dios que me cambie!...

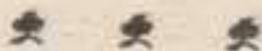
Gran diversión tuvieron los otros criados de la fonda mientras Abdús se mudaba de vestidos, contento porque iba a cambiar. ¡Y tanto! Como que le llevaron al fregadero con un delantal sucio y lleno de grasa, y le encargaron de fregar la vajilla y los calderos.

Poco ducho en tales menesteres, llenó sus manos, su rostro y su cuerpo de la grasa que debía quitar a los cacharros. Cuando terminó la tarea y se miró al espejo,

quedó espantado. Salió de la tienda corriendo y pensando que acaso Dios le había cambiado con exceso. Pero se consolaba considerando que quizá su mujer no le conocería y no habría cachetes.

En efecto, Fátima apenas si reconoció a su marido en aquella figura horrible y grisienta; mas ni siquiera le regañó; limitóse a lavarle y limpiarle. Luego fué a casa de Sidi Hamdún a devolverle el traje de pinche y le afeó su conducta.

Nuevo empleo encontró Abdús en una pastelería. Pero como era época de agobio del trabajo, el dueño abusó de la simplicidad de su nuevo criado y, satisfaciendo su estúpida obsesión de cambiar, le puso a dar vueltas al molino, en lugar de un asno que se le había muerto.



Mucha más resonancia produjo en el Cairo la nueva aventura por que atravesó Abdús. Cansado de buscar trabajo en la ciudad, dirigióse al campo y se detuvo en un grande y frondoso huerto, lleno de los frutos más exquisitos. El Paraíso se le figuró

aquel huerto al pobre Abdús, que se moría por la fruta, nunca tan a su alcance como en aquella ocasión.

Y se acordó de su burra y de cuando la compró su mujer; estaba delgada, cansina.



Abdús hizo girar la piedra del molino.

Fátima dijo: «La pondré donde haya buen pasto; dentro de pocos días estará tan cambiada que no la conoceré.» Otro tanto le sucedería a él, sin duda alguna. Se adelantó hasta encontrar al hortelano y ofrecióle sus servicios. Aceptólos y le mandó subir a un manzano a coger fruta. Casi comía más que cogía; mas eso no le importaba al dueño.

Acordó darle un pequeño sueldo al mes; pero Abdús apenas si se enteró de otra cosa que de su obligación de coger fruta. ¡Cómo se relamía!

Buena vida se daba el idiota en la huerta: comía bien, se hartaba de fruta y sólo algunos días iba a la ciudad, con dos borriquillos cargados de banastas de fruta; a los cuales borriquillos ni siquiera había de guiar, porque estaban acostumbrados a recorrer muchas veces aquel camino, se los podía dejar solos.

Fátima estaba en cama y no pudo ocuparse en averiguar el paradero de su marido, quien esperaba el efecto que producirían en él los nuevos «pastos», para volver a su casa cambiado del todo. En éstas se inutilizó uno de los bueyes de que el hortelano se servía en las labores agrícolas; apremiaba la faena, y el desaprensivo dueño propuso al imbécil cambiar de oficio.

— ¡Cambiar! — exclamó contentísimo Abdús —. ¡Cambiar! ¡Pero si eso es lo que estoy pidiendo a Dios hace mucho tiempo! ¡Si no deseo otra cosa!

— Pues entonces — concluyó el ladino hortelano — habrás de ayudar al camarada

que te queda, para acabar de labrar un pedazo de tierra.

Abdús no sabía lo que era labrar. Además, le desagradaba su traje deslucido.

— ¿Me darás también — preguntó al hortelano — el vestido que tenía el camarada muerto?

— Completo te lo daré — afirmó el amo.

— Entonces me quitaré el que llevo — insinuó Abdús contentísimo.

— No, no te lo quites; el que te voy a dar te lo pones encima del otro. ¡Ya verás qué bien quedas!

Llevar dos trajes le parecía al pobre idiota un cambio definitivo. El hortelano reunió varias pieles de cabra y cubrió con ellas a Abdús, sin dejarle destapado más que los ojos y la boca. Le unció al yugo con el buey, y, haciendo chasquear el látigo, comenzó la faena. El sol quemaba; las moscas y los tábanos acribillaban los sitios descubiertos del pobre Abdús, que hubo de resistir hasta la noche aquella ruda fatiga.

Apenas el malvado hortelano llevó su yunta al establo y soltó a Abdús, aprovechó éste un descuido momentáneo para ganar la puerta y salir corriendo en dirección

al Cairo, sin cuidar de quitarse las pieles. Cuando llegó a la ciudad, ya estaban cerradas las puertas; rendido de fatiga, se refugió en uno de los cementerios que rodeaban la población, y en el hueco de una tumba durmióse profundamente.

Al amanecer, los sepultureros se dirigían a cavar una fosa, al lado de donde descansaba Abdús. Comentaban aquéllos acerca de los animales salvajes que removían las tumbas para desenterrar los cadáveres, y había quien afirmaba que tales fieras no podían ahondar más de tres pies de terreno; otro opinaba que las profanaciones se debían a los Genios malos. En esto uno vió a Abdús, con la horrible catadura que le daba su extraña vestimenta, y gritó lleno de terror:

— ¡Aquí está el Genio malo!

Abdús se despertó a tal grito e incorporóse. Si los aterrados sepultureros hubieran podido ver a través del disfraz, habrían comprendido el terror que a Abdús le producían los picos y palas amenazantes. El infeliz idiota aprovechó el estupor de los enterradores y salió corriendo por en medio de ellos. Repuestos del susto, echaron a co-

rrer tras el espectro, gritando desaforadamente:

— ¡Ahí va, ahí va el Genio malo que se come los muertos!

Como sucede siempre en casos semejantes, la gente se iba agregando a los perseguidores y al poco rato la calle estaba llena de chiquillos, de mujeres, de personas desocupadas que iban gritando: «¡Ahí va! ¡Ahí va!», moviendo una algarabía infernal; pero nadie se atrevía a tocar al supuesto Genio malo, por el temor que a estos espíritus tienen siempre los musulmanes.

En medio de tal baraúnda llegó por fin Abdús a su casa, donde pudo sustraerse a las amenazas de la multitud, cerrando la puerta; pero su esposa, que no podía suponer quién se ocultaba tras disfraz tan feo, asustadísima, agarró un palo y comenzó a golpear al bicharraco; obligándole por la fuerza a marcharse sin darle tiempo a decir quién era.

Entonces, el infeliz cayó en manos de los enterradores, que lo llevaron a la cárcel en medio de un populacho fanático que propalaba a los cuatro vientos la noticia de haber sido cogido el Genio malo que se comía

a los muertos y se había metido en casa de Fátima, para devorar a su hijo.

En la cárcel causó gran pánico el anuncio de la llegada de tal preso, cuyas perversas cualidades se habían ido agrandando fabulosamente en las descripciones forjadas por la imaginación popular. Un sepulturero se atrevió a arrancar una de las pieles y entonces vieron todos con sorpresa que no había nada de Genio malo, sino un hombre como otro cualquiera. Tal hallazgo irritó más todavía a los perseguidores, porque supusieron que aquel sujeto se había disfrazado de aquella facha para cometer sus execrables fechorías.

— ¡Estás loco, infame? — le gritaban —. ¡Estás endemoniado para atreverte a ir a los sepulcros de los fieles musulmanes y devorar sus cadáveres?

— ¿Quién, yo? — protestó Abdús atribulado —. Yo no he ido allí a comerme los muertos, sino a dormir. Acaso haya pisado algún hueso de muerto, pero tocarlo no lo he tocado. ¡Pues así que me dan poco miedo!

Bastante confusos dejó esta respuesta a los enardecidos perseguidores del Genio malo, que le preguntaron aún:

— ¿Y a qué entraste a casa de Fátima para comerte su niño?

— ¡Yo! — exclamó Abdús, atónito —. Yo no quiero comerme a mi propio hijo: iba a mi casa.

Como entre los curiosos no faltaran algunos vecinos de Abdús, dieron testimonio de su bondad y simpleza. El cadí comprendió la verdad del caso y mandó que llevaran al tonto a su casa con todas sus pieles.

La pobre Fátima sintió haber golpeado a su marido, por no haberlo conocido; pero aún le dolía más que se extendiera por toda la ciudad la noticia de tan ruidosa aventura. Agradeció a los vecinos la compasión que habían mostrado a Abdús; le recibió cariñosamente; logró conocer la verdad del caso, y el día siguiente fué a casa del hortelano a llevarle sus pieles y a reclamarle el salario de su marido. Le afeó duramente su conducta de haber abusado de la imbecilidad de un musulmán, reduciéndole al estado de bestia, y le amenazó con llevarle ante el cadí. El hortelano, confundido, dióle dos dinares, como compensación por el salario convenido y por los disgustos originados.

Pasados unos cuantos días, Fátima volvió a la carga cerca de su marido. Mandólo a buscar trabajo, amenazándole con no admitirle en casa si no traía que comer. Abdús abandonó el hogar y, pensando que tal vez antes no se hubiese apartado de la ciudad lo suficiente, se fué lejos, muy lejos, esperando que allí Dios oyera su ruego continuo de cambiar.

Sin saber por dónde iba, se encontró ante un montón de ruinas, de un edificio antiguo, que debió de haber sido suntuosísimo.

Abdús se puso a examinar las ruinas, y al poco rato vió a un *carduón*, que estaba sobre un montón de piedras y parecía mirarle fijamente.

— ¡Hola, primo! — saludó Abdús —. ¿Vives aquí? Yo creí que tenías tu casa en la ciudad.

El animal parecía contestarle con su continuo movimiento de cabeza.

— ¿Me conoces? — le preguntaba Abdús —. ¿Me entiendes? ¿Por qué no me hablas? ¿Estás enfadado?

El bicho continuaba moviendo la cabeza de arriba abajo.

— ¡Cuidado! — amenazó Abdús, lleno de

cólera —. Si no me contestas, te tiro una piedra.

Y como el *carduón* no hiciera otra cosa que seguir moviendo la cabeza, el tonto acabó por tirarle un pedrusco. Entonces el bicho se ocultó entre las piedras del montón. ¡Abdús sospechó que el animal se escondía por no contestarle, y emprendió su busca en el lugar mismo donde se ocultaba, para hacerle hablar a la fuerza. Quitó piedras y más piedras, hasta que apartó por completo los escombros. El *carduón* entonces se refugió en su cachera; Abdús no pudo seguirlo ya, y se fijó en lo que tenía delante.

Era una piedra grande, cuadrada, de mármol negro, con un anillo en su centro. Tiró Abdús del anillo y tras grandes esfuerzos logró levantarla. Tapaba la entrada de una escalera, por la cual se descendía a un subterráneo.

— Esta es la casa de mi primo — pensó Abdús —. Bajaré a ver si le encuentro.

A la escasa luz que al fondo del subterráneo llegaba por la abertura de la escalera, otra persona más lista que Abdús, podría haber visto un amplio y espacioso

cuarto, cuyas paredes estaban revestidas de ricos mármoles y jaspes, de vivos colores; mientras que el suelo estaba cubierto de hermosas piedras negras. Grandes ánforas



Abdús se halló ante una piedra grande, cuadrada y con anillo;

de ágata se alineaban a todo lo largo de la habitación, y en vasares finamente tallados en los muros había cajas de marfil, cilíndricas y cuadradas, hasta llegar al techo.

Abdús no pensó que todo aquello era sino las ollas en donde su primo el *carduón* guardaba sus provisiones. Levantó la tapa de una de las ánforas grandes, metió la mano

y sacó un puñado de monedas de oro. Como en su vida había visto cosa semejante, se figuró que eran zanahorias cortadas en rodajas como las que su mujer daba a veces a la burra.

Sospechando que el *carduón* estaría escondido en el subterráneo, le llamó a grandes voces para preguntarle de cuál de aquellas ollas tomaba zanahorias para llevárselas a su burra. El animal ni respondía ni se presentaba.

Abdús recordó entonces que habiendo ido un día con su esposa a casa de un vecino, les había dado ciruelas, que Fátima había puesto en el fondo de su turbante y cubierto con unas hojas. Cogió de las orillas de la abertura unas hierbas; las puso en su gorro, y le llenó luego de lo que él creía zanahorias.

No se ocupó en mirar siquiera lo que contenían aquellas cajas; las cuales estaban repletas de perlas, diamantes, rubíes, esmeraldas, jacintos, zafiros o topacios, y toda clase de piedras preciosas. Y diciendo adiós a su primo, que no había querido aparecer, emprendió el regreso a la ciudad.

Mientras iba andando, quiso probar una

de aquellas rodajas; pero aunque mordía y mordía no pudo triturarla. Pensó entonces que su primo el *carduón* tendría mejores dientes que él, y tiró al suelo la moneda que él creía zanahoria.

No tardó en llegar a su casa. Fátima, sorprendida de verlo regresar tan pronto, le preguntó:

— ¿De dónde vienes, desgraciado?

— He ido a ver al primo a su casa de campo — le contestó —, y no ha querido hablarme... ¿Estará disgustado?... Me he metido dentro, y de una olla que tenía he cogido estas zanahorias que le gustarán a la burra; pero las tendrás que cocer, porque están durísimas: yo no pude hincarles el diente.

Hablando así, mostraba las monedas de oro que traía en el turbante.

Fátima quedóse sorprendida al ver aquellas monedas. Desde luego juzgó que su marido no las había robado con intención, puesto que no sabía lo que eran. Guardólas cuidadosamente y con habilidad logró que Abdús relatara lo ocurrido. Sin perder tiempo, Fátima aparejó la burra, le echó encima unas alforjas, cogió merienda y,

acompañada por su marido, se fué a buscar el subterráneo.

Estaba abierto, como Abdús lo dejara. Fátima penetró y quedó deslumbrada de la riqueza allí oculta. Llenó sus alforjas de monedas de oro y de piedras preciosas de todas clases, y cargó todo ello en la burra. Abdús, entre tanto, andaba llamando a gritos a su primo el *carduón*, con riesgo de echarlo todo a perder. Fátima le hizo venir y tapar el subterráneo, como antes estaba, y después amontonar encima los escombros. Inmediatamente se volvieron a casa con la preciosa carga.

Fátima guardó el dinero y las piedras preciosas, y procuró no hacer más gastos que los precisos para evitar sospechas. Y así como antes tenía empeño en que Abdús saliese todos los días de casa a buscar trabajo, ahora evitaba cuanto podía que se marchase, y le trataba con mimo y cariño, dándole muy bien de comer, sin reñirle siquiera, y poniéndole mejores vestidos. Era cauta y quería evitar que Abdús relatase aquel suceso.



Un día Fátima mandó a Abdús que fuese a comprar carne, arroz y guisantes; para pagar las mercancías, le dió el importe de cada una en un papelito separado.

Fué Abdús a casa del carnicero y compró lo que Fátima deseaba; después, en la abacería, adquirió el arroz; pero se olvidó de los guisantes y volvió a casa sin ellos. Riñóle su mujer por esta falta y le mandó que fuese otra vez a buscarlos. Pero la mala suerte de Abdús le hizo tropezarse en la calle con un amigote, que, al verle tan bien trajeado, le dijo con sorna:

— ¡Adiós, Abdús! Estás ahora mejor que cuando te vestias de Genio malo.

Tan mal recuerdo turbó por completo al infeliz idiota. Se alejó confuso, pensando que no estaba bien cambiado, cuando la gente lo conocía; y de pronto notó que no se acordaba de lo que su mujer le había mandado comprar. Venciendo su primer impulso de no ir ante su mujer, volvió a casa. Fátima iba ya perdiendo la paciencia, y enfadada, le repitió:

— ¡Te dije que guisantes..., guisantes..., guisantes! ¿Te enteras? ¡Repítelo! ¡Guisantes! Como te olvides ahora de mi encargo,

ya te gobernaré yo a la vuelta. ¡Haragán!
¡Estúpido! ¡Idiota!

El pobre Abdús, muerto de miedo, salió de su casa, y no cesaba de repetir: «¡Guisantes..., guisantes!» En la esquina de su calle, un hombre vendía piedras preciosas, rodeado de un grupo de curiosos. Abdús se abrió paso por medio y metió mano en el cesto de las perlas, sin dejar de repetir: «¡Guisantes..., guisantes!...

El vendedor creyó que Abdús se burlaba y quería decir que las piedras eran falsas, por lo cual le dió un golpe.

— ¿Por qué me pegas? — preguntó Abdús gimoteando.

— Porque me desacreditas: yo no soy capaz de engañar a la gente.

— No pretendo tal cosa — corrigió Abdús —; yo decía..., ¿cómo decía, Dios mío?

— Si quieres decirlo bien — le encargó el vendedor — di como yo: «¡Brillantes..., brillantes!»

— Me parece que una cosa así es lo que me mandó Fátima que comprara.

Y siguió su camino, repitiendo en voz baja: «¡Brillantes..., brillantes!» Con este sonsonete pasó por delante de la tienda de

uno a quien habían robado un collar. Pensó que Abdús iba pregonando en voz baja su mercadería, y sospechó que era el ladrón. Siguió al imbécil y, acercándose, le ordenó:

— Enséñame tus brillantes.

— Abdús se desconcertó; lo cual pareció al robado un nuevo síntoma en favor de su presunción. Cogióle por el cuello, golpeóle. Se produjo un gran rebullicio entre la gente, hasta que se averiguó la verdad.

— Entonces, ¿por qué dices que vendes «brillantes»? — le preguntó corrido el mercader.

— ¿Pues qué he de decir? —, exclamó compungido Abdús.

— «Esto no es verdad» — contestó el mercader robado.

Abdús se alejó repitiendo esta frase: «Esto no es verdad..., esto no es verdad.» Sin cesar de decir tales palabras, llegó a una plaza, donde un campesino vendía lentejas. Acercóse el idiota y metió la mano en el saco sin dejar de repetir: «Esto no es verdad..., esto no es verdad.» Nuevos golpes sobre sus costillas fueron la consecuencia, por creer el labrador que trataba de desacreditar su mercancía. Pero Abdús le



Redondela

— ¿Por qué dices que vendes brillantes? — le preguntó
el mercader.

replicó que decía lo que le mandaron que dijera.

— Pues debes decir — le ordenó el campesino — «¡en el nombre de Dios, lentejas!»

Abdús siguió andando, con este nuevo sonsonete. Y llegó a la orilla del río, poniéndose al lado de un pescador. Tenía éste mala suerte en la pesca, y le molestó mucho que aquel hombre le siguiera como la sombra al cuerpo, y sin dejar de repetir lo de las lentejas. Hasta que irritado de no sacar ni un pez, torció la cuerda de la red y dió con ella cuatro latigazos al importuno espectador, gritándole:

— ¡Vil hechicero! ¿Dejarás de maldecir mi pesca?

— ¡Yo hechicero? — gritaba Abdús, haciendo esfuerzos por escapar. — ¡Yo no soy hechicero! ¡No, no, y mil veces no! — y rompió a llorar.

— Pues si no lo eres, ¿por qué me traes la desgracia?

— Yo no quiero la desgracia de nadie. Digo lo que me dijeron que debía decir.

El pescador creyó entonces que era obra de algún enemigo suyo, que se había valido

de aquel simple. Dió sus excusas por haberle pegado y le encargó que dijera estas otras palabras: «¡En el nombre de Dios, mejor que uno dos, y si son siete gordos, mejor!»

— Me parece que no era tan largo lo que me encargó Fátima que comprase —, dijo Abdús.

— Si, sí; has de decirlo todo — le encargó el pescador.

Abdús empezó a repetir aquellas palabras. Pero, temeroso de que le volviera a pegar, apenas el pescador se alejó un poco para echar la red, marchóse corriendo. No tardó en encontrarse en medio de un gran gentío; era el entierro de uno de los visires del rey. Abdús acercóse hasta el féretro y siguió pronunciando su frase: «¡En el nombre de Dios, mejor que uno dos, y si son siete gordos, mejor!»

Los altos dignatarios de la corte, que rodeaban el féretro, se quedaron horrorizados de tan tremenda imprecación.

— ¡Infeliz! — le dijo uno —. ¿Cómo te atreves a decir tales palabras? ¿No te basta que la muerte haya arrebatado a este venerable visir?

Abdús, respetuoso con las autoridades,

como buen musulmán, se echó a temblar, y se apartó, exclamando:

— ¡Dios mío, Dios mío! ¿Cómo tengo que decir?

Una esclava vieja que iba en la comitiva, le insinuó:

— Debes decir: «Dios preserve su cuerpo y salve su alma.»

— ¿Esto?

Y repitiéndolo sin cesar, alejóse. Hasta que dió en una calle, interceptada por un carrito, del que tiraba un asno, que había caído muerto. Acercóse Abdús sin dejar su sonsonete: «¡Dios preserve su cuerpo y salve su alma!» La gente que presenciaba el incidente se escandalizó de la blasfemia, y a los gritos de «¡Perro infiel!» se disponían a darle una paliza. Abdús huyó velozmente, afligidísimo por haber llegado en sus cambios a hechicero y hasta a perro infiel; era peor que asno, pinche, buey y Genio malo. Echóse a llorar como un niño; pero no se atrevió a volver a su casa, pues había olvidado totalmente las palabras que su mujer le dijera.

Sin saber cómo, hallóse a la puerta de la casa de la madre de Fátima, donde había

mucha gente, porque una hermana de ésta se hallaba enferma. Abdús se puso detrás de la puerta y asomó la cabeza. Su suegra, al verle, le preguntó:

— ¿Qué quieres, Abdús? ¿Carne?

— No — contestó él.

— ¿Arroz?

— Tampoco.

— ¿Agua?

— Tampoco.

Todos los reunidos le iban preguntando, hasta que la enferma dijo:

— ¿Guisantes?

Loco de contento, Abdús se abalanzó a la cama y levantó por los brazos a la enferma, con tal ímpetu, que la produjo un mareo. La gente se puso a prestarla auxilio, y la suegra amonestó al idiota:

— ¡Animal! ¿Qué buscas aquí, para matar a mi hija?

— ¡Guisantes! — repetía sereno el infeliz, y enseñaba el paquete con los dineros que su mujer le diera.

La suegra comprendió, y le mandó a una tienda cercana, donde adquirió los famosos guisantes. Sin dejar de repetir esta palabra, se fué a su casa, entró triunfador y en-

tregó a su mujer la zarandeada mercancía. Fátima sólo sacó en limpio del confuso relato de Abdús que tenía enferma a una hermana. Sentía no poder librar a su infeliz marido de tan ridículas aventuras; pero no se atrevía a emplear las riquezas adquiridas hasta que no tuviera ocasión oportuna para no infundir sospechas a nadie.



No podía Fátima, a pesar de sus esfuerzos, retener en casa a Abdús todo el tiempo que deseara. La afición del imbécil a vagabundear por las calles era casi instintiva.

Cierto día, obsesionado por la idea del cambio, pensó que debía ir a pedirselo a Dios hacia la *alquibla* (1) y se alejó de la ciudad un buen trecho, sin saber por dónde iba. Divisó un bosque, que juzgó huerto, y se internó por la selva, ávido de hartarse de frutas, que por parte alguna veía. Andando, andando, fué a dar a un lugar retirado, donde una cuadrilla de ladrones esta-

(1) Dirección a la Meca, en la cual es de ritual que oren los musulmanes. Las mezquitas tienen el *mihrab* orientado hacia la *alquibla*.

ba repartiendo el botín de sus robos. Los bandidos cogieron al infeliz idiota y como primera providencia decidieron cortarle las manos y los pies.

Cuando iban a ejecutar sus malvados designios, vino a avisar el camarada que estaba de espía de que se acercaban a toda prisa los soldados de caballería. Los ladrones, no pensando más que en salvar sus vidas, abandonaron a Abdús y hasta el producto de sus rapiñas. La policía encontró sólo al idiota, entretenido en deshacer los paquetes para ver lo que tenían dentro, y tomándole por un ladrón, le ataron, le aporrearon y le llevaron a la cárcel, como responsable de un robo cuantioso.

En la cárcel esperaba su sentencia un famoso bandido, llamado Fatah, en cuya compañía pusieron a Abdús. Fatah preguntó a su nuevo compañero la causa que allí lo había llevado; Abdús le dijo que habiendo ido a la *alquibla* a pedir a Dios ser cambiado para que su mujer no le riñese ni le encerrase, se encontró de repente convertido en ladrón. Fatah comprendió que se las había con un tonto y pensó una estratagema para evadirse de la prisión, aprovechándose de

la mania de ser cambiado, que padecía su nuevo camarada.

Fatah, para hacer su último robo en que fué preso, se había disfrazado tiñéndose de



La policía encontró sólo al pobre idiota.

negro. Pensó que no sería difícil convencer al idiota para que se volviese negro, y así quedaría él mismo blanco y pronto para escapar.

— Hermano — dijo a Abdús —. Te has equivocado en buscar a Dios por la *alquibla*; a Dios se le halla en cualquier parte. Yo para eso tengo gran facilidad; si quisie-

ra cambiar contigo, inmediatamente lo conseguiría. ¿Querías tú cambiarte conmigo?

— Eres muy negro — contestó Abdús, como poniendo reparos.

— ¿No te gusta este color?

— No; ese color tuve yo cuando fui pinche y mi mujer me arañó.

— Pues vas a ver cómo es facilísimo tener otro color. Oremos con fe; volvámonos uno al Mediodía y otro al Norte, y pidamos a Dios que nos cambie.

Abdús volvióse de cara a la pared. Fatah metió un pañuelo en su cántaro de agua y se limpió el tizne que ennegrecía su rostro, su barba y su pelo. A la vez ahumó con la lámpara el plato de estaño de la comida y se tizó las manos.

— ¡Mirame! — dijo al tonto —. ¿Estoy cambiado?

— ¿Cambiaré yo tanto? — preguntó, entusiasmado, Abdús.

— Lo mismo — afirmó el ladino Fatah —, con tal que me dejes trazar mis rasgos sobre tu cara.

En un momento el ladrón tizó al tonto, hasta dejarle desconocido. Además, cambiaron de ropa. Luego dijo Fatah:

— Ahora verás cómo te sirven aquí de cabeza. Llama al portero; dale esto y mándale que te compre una pierna de carnero, asada, para comer.

El idiota dió al carcelero la moneda que el otro le entregara, y al ver que era oro hizo grandes cortesías a Abdús y se fué a cumplir su encargo.

Enterado el sultán de la prisión de Fatah, había mandado que le ahorcaran en las afueras de la ciudad; y habiendo sido presos los ladrones entre los que cayera Abdús, todos declararon que éste era un pobre idiota de quien se habían estado burlando metiéndole miedo, por lo cual las autoridades decidieron ponerle en libertad.

El cadí fué a la cárcel y mandó traer a su presencia al desdichado Abdús. En su lugar vino el astuto Fatah.

— Vete a tu casa — le ordenó el cadí —, y procura ser menos necio, si es que puedes.

Fatah, disfrazado, se marchó tranquilamente.

Luego ordenó el cadí que le llevaran a Fatah. El carcelero ofreció sus excusas al preso por tener que cumplir aquella disposición. Abdús salió contentísimo. El cadí,

con gran severidad, mandó al escribano que leyera la sentencia. La lista de los delitos probados del criminal era extensísima, y por ellos se le condenaba a ser ahorcado fuera de la ciudad, en el lugar de costumbre.

— ¿Y quién es el que ha hecho todo esto? — preguntó el bobo —. ¿No dice ese papel que yo estoy cambiado? Pues lo estoy, y bien.

El cadí, que no conocía al ladrón, sospechó que se hacía el tonto para evitar el cumplimiento de la sentencia, y dispuso que se ejecutara ésta sin dilación.

Fátima, desolada por la tardanza de su marido, y temerosa de que le hubiese ocurrido alguna desgracia, comenzó a buscarle: se enteró en la cárcel de que habían soltado a un imbécil; pero no encontrando a Abdús, se fué por la ciudad y tropezóse con la comitiva del que llevaban a ahorcar. Por la facha le parecía ser Abdús aquel infeliz negro, y se cercioró cuando le vió saludar muy afectuosamente a un *carduón*, tratándole de primo. Fátima se arrojó a los pies del cadí, pidiéndole la libertad de aquel desgraciado; y así que el juez se con-

venció de la verdad, dejó libre al necio, recomendándole mayor cordura.

No había otro remedio que dominar a Abdús a fuerza de cachetes.



El necio seguía obsesionado por la idea del cambio, para que su esposa no lo conociera. A fuerza de darle vueltas a la misma idea, pensó que lo mejor sería presentarse a Dios mismo, en su propio palacio, y pedirle el cambio. Y aprovechando un descuido de Fátima, se salió por las calles buscando el palacio de Dios, hasta que llegó a los alrededores del palacio del sultán. Un paje se enteró de las pretensiones de Abdús, y pensando que al soberano le haría gracia aquella imbecilidad, le llevó a su presencia.

Las cámaras del palacio, ricamente decoradas, dejaron maravillado al pobre idiota, que, al verse ante el monarca, no sabía qué hacer, creyéndose en la presencia de Dios.

— Prostérnate y habla a Su Alteza — le ordenó el criado.

— ¿Qué le voy a decir? — preguntó turbado Abdús.

— Pídele que te cambie y explicale las razones que para ello tienes.

En la confusa exposición del pobre Abdús se mezclaron los diversos incidentes de su vida en forma tan pintoresca, que hizo reír al sultán, el cual le prometió solemnemente cambiarle.

Los esclavos le llevaron a una cámara, donde le sirvieron una comida exquisita: manjares excelentes, de que ni siquiera tenía idea el marido de Fátima, rociados con los más delicados vinos y licores, afianzaron la idea instintiva en Abdús de que el hombre sólo podía cambiar por la comida. Un narcótico permitió que la transformación se realizara por completo.

Los esclavos le bañaron; le afeitaron de pies a cabeza; le untaron unguentos; le pusieron trenzas de pelo postizo; le arreglaron las cejas; le vistieron un traje de color azul celeste; le adornaron el cuello, el pecho y los brazos con piedras deslumbrantes, y ciñéronle una cinta de tejido de plata, que le flotaba por la espalda. El basto y chaparrudo Abdús quedó transformado en ángel, al

que colocaron en un salón magnífico, rodeado de espejos refulgentes.

Cuando empezó a despertarse de su sueño, se oyó una música suave. El salón estaba iluminado. Abdús miró adelante y vió un ángel en el espejo: por todos lados los espejos, reproduciendo su propia figura, le parecían multiplicar los ángeles. Mudo de asombro, se puso a recorrer el salón, sin poder articular palabra, hasta que se preguntó dónde estaba Abdús.

— No busques — le respondió una voz dulce — al Abdús que tú conocías, víctima de las iras de su mujer. Ese que ves, eres tú. Pediste ser cambiado, y lo lograste.

— ¿Y quiénes son estos jóvenes que veo? — preguntó.

— Son tus retratos — le contestó la voz oculta.

— Dile a Dios, que es tan rico — suplicó Abdús —, que me dé todos estos retratos para llevárselos a Fátima.

— ¿Pero quieres volver a tu casa para que te arañen?

— Sí, sí; Fátima no me arañará, puesto que he cambiado.

Gran diversión causaban al sultán estas



Le parecía que los ángeles se multiplicaban.

sandeces. La fiesta siguió. Abdús fué llevado a los jardines de palacio, que a él le parecieron el Paraíso.

Después de un rato en que Abdús hizo las delicias del soberano y de su corte, mandó el monarca que sirvieran al tonto una opípara cena y le narcotizaran de nuevo, con el propósito de avisar a Fátima para que viniese a recoger a su cándido esposo el día siguiente.

Mientras cenaba, los esclavos, doncellas y demás servidumbre, concibieron la idea de divertirse a costa del infeliz Abdús. Así que, una vez dormido, le disfrazaron con pieles y cuernos, como si fuera un diablo; le pusieron en los ojos unos cristales rojos, y le acostaron en un calabozo del palacio, que iluminaron previamente y adornaron con algunos espejos.

Pero el jefe de los esclavos se dió cuenta de la fea acción que se estaba cometiendo con el pobre imbécil, y pudo evitar el terror trágico que se habría apoderado de Abdús al despertarse y verse en tan espantosa catadura. Mandó desnudarle y servirle un espléndido desayuno. Dió luego cuenta al sultán de los feos actos de los esclavos, y el

soberano, confundido, se culpó a sí mismo, por dar mal ejemplo.

— He visto — dijo — que este hombre no tiene pizca de juicio; pero es de buen corazón. Tengo curiosidad por conocer a su mujer, a esa Fátima que ha sido capaz de dominar a ese salvaje, hasta el extremo de que él siempre desea volver a su lado. Yo sabré indemnizar a esta buena gente por las molestias que les he ocasionado.

Mandó a un esclavo en busca de Fátima. La cual, cogiendo y ocultando entre sus ropas dos bolsas con dos mil dinares, cubierta con un gran velo, se presentó ante el soberano, exclamando al prosternarse en tierra:

— ¡Oigo y obedezco las órdenes del príncipe de los creyentes!

— Fátima — le dijo el sultán —. Tu marido Abdús vino ayer a mi palacio y ha sido motivo de diversión para mis cortesanos, a causa de su simpleza. Conozco su vida, y te digo que no es justo que una mujer, joven como tú, viva unida a un hombre sin sentido ni juicio. Yo anularé vuestro matrimonio y cuidaré de que atiendan a tu marido en alguna casa de salud.

— ¡Poderoso señor! — imploró Fátima —.

Abdús es mi marido ante Dios y ante los hombres. Sería para mí un gran consuelo no poder asistir como debo al padre de mi hijo. Espero que Dios me recompense en el cielo por esta carga que he de llevar en la tierra. No he podido evitar, a pesar de mis esfuerzos continuos, que el infeliz llegue al borde del abismo, y su suerte ha querido que él no encuentre refugio en esta casa, donde todos los musulmanes de la tierra pueden hallarlo. Te ruego, señor, que me devuelvas a mi esposo; no tiene seso; mas es fiel, inocente y sin malicia. Si ha causado algún daño a cualquier persona o cosa, aquí tengo dos mil dinares, toda nuestra fortuna; los doy por su rescate, y ofrezco mi libertad a cambio de la suya.

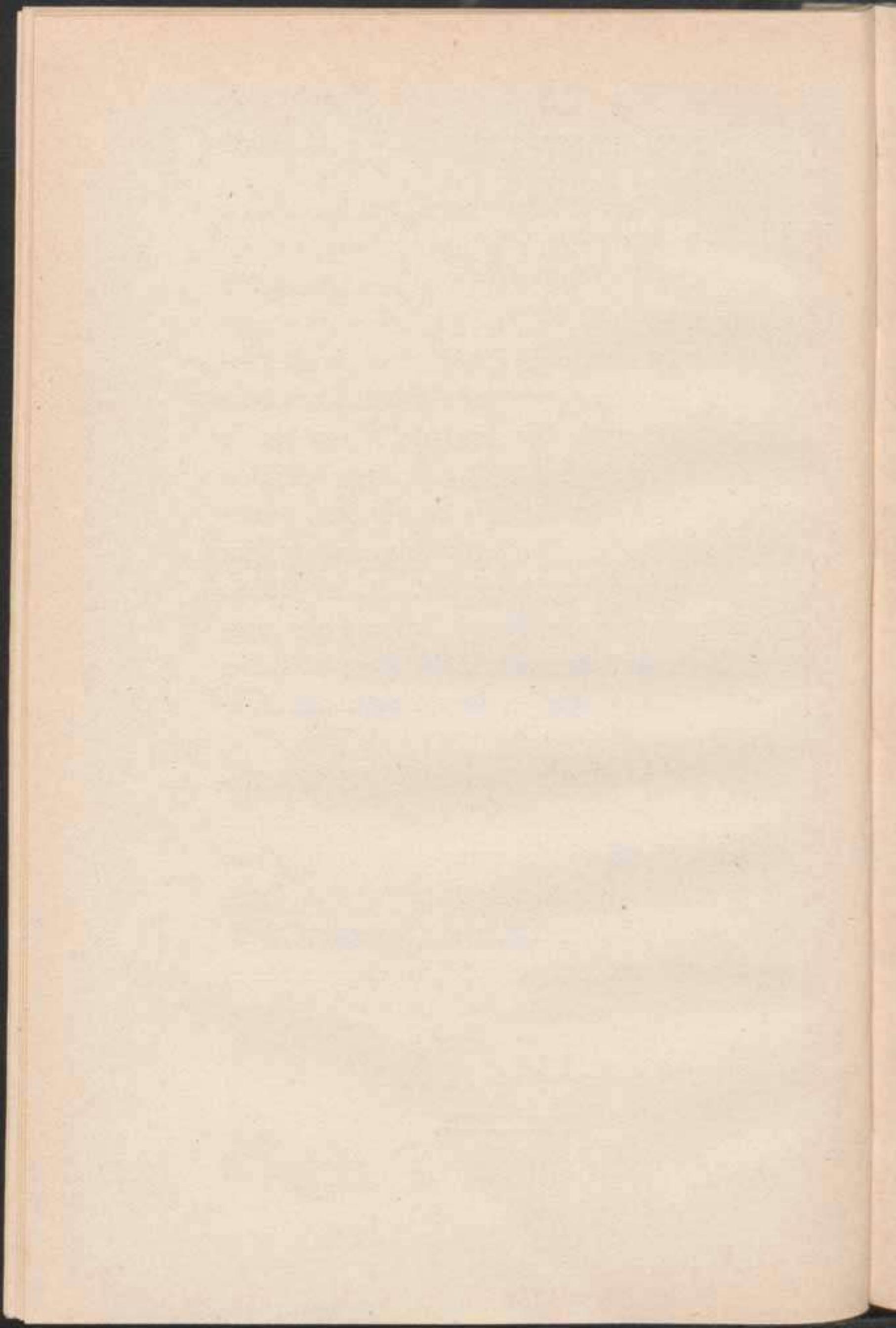
El sultán quedó confuso al oír tal contestación. Dió órdenes por lo bajo a un criado, que al poco rato volvió con una arqueta, acompañando a Abdús, vestido con riquísimo traje.

— Fátima — le dijo el soberano —: te devuelvo a tu esposo, os tomo a los dos bajo mi protección, y añado a tus dos mil dinares estos diez mil, para que viváis tranquilamente.

Cogió Fátima los dinares, que entregó a su marido, y tomándole por la mano, saludó reverentemente al sultán, y se alejaron de palacio.

Con el pretexto de los dineros que el soberano les regaló, ya pudo Fátima emplear el inmenso tesoro que guardaba, sin temor a infundir sospechas. Compró una casa en el mejor sitio de la ciudad; volvió al subterráneo y trasladó cuantas riquezas pudo; luego puso varios esclavos al servicio de Abdús, a quien acompañaban a todas partes, para evitarle contratiempos; al fin se asoció en los negocios de varios comerciantes ricos.

Así pudo educar a su hijo y vivir felizmente, hasta que recibió la visita de la que destruye la felicidad, rompe las compañías, disipa las amistades: de la muerte implacable, que a ningún humano respeta. ¡Gloria al que nunca muere, a Dios, el Eterno, el Unico!



EL REY Y EL GENIO

EN la ciudad de Daranogar era rey Bikram, y gobernaba a su pueblo con sabiduría y benevolencia. De tal forma fué extendiendo sus dominios, que concluyó por ser dueño de toda la India, dando estabilidad a su reinado, que marcó el principio de una era.

Vivía en aquella ciudad un brahmán, dedicado a toda clase de austeridades. Cierta día, un Genio le llevó el fruto de la inmortalidad. El brahmán lo llevó a su casa y contó a su mujer lo que el Genio le había dicho: «El que coma este fruto será inmortal.» Pero la mujer se puso a llorar amargamente.

— ¡Ay! ¡Qué desgracia para nosotros! —

Extracto de *Los veinticinco relatos del Genio malo*, edición M. Deromps, París, 1912.

exclamaba —. Si nos volvemos inmortales, ¿cuándo dejaremos de pedir limosna? Más vale morir, porque la muerte libra al hombre de los dolores terrenales.

— Yo había tomado este fruto de manos del Genio pensando en ti, con ánimo de ofrecértelo para que fueres inmortal; pero tus palabras me hacen vacilar. Acaso lleves razón. ¿Qué debo yo hacer con este precioso talismán?

— Dáselo al rey — contestó resueltamente la mujer —, y en cambio de tan rico y extraordinario presente recibirás de sus manos generosas riquezas abundantes, por medio de las cuales se obtienen a la vez los goces de este mundo y la felicidad espiritual.

El brahmán encontró acertada la idea de su mujer. Dirigióse al palacio del rey y le dió su bendición. Luego le explicó detalladamente las virtudes maravillosas de aquel fruto, regalo de los dioses, y concluyó diciéndole:

— ¡Señor! Dígnate aceptar este fruto de la inmortalidad, y dame alguna riqueza. Para mi alma será una gran satisfacción ver que vives largo tiempo.

El rey, muy complacido, le dió mil *rupias* (1) y se quedó con el milagroso fruto. Cuando hubo despedido al brahmán, entró en el harén, llamó a la reina favorita, y le entregó el fruto, diciéndole:

— Come, reina mía, de este fruto y serás inmortal, y permanecerás siempre bella.

Pero la reina no creyó en la verdad de aquellas palabras, y dió el maravilloso fruto al jefe de la policía, y éste a su vez lo dió a otra persona y aquélla a otra, hasta que uno lo consideró regalo digno de un rey y se lo llevó al soberano, quien lo colmó de riquezas. Al ver el rey de nuevo en sus manos el talismán de la inmortalidad, objeto despreciado por tantas personas, sintió asco del mundo y exclamó:

— ¿De qué sirven los bienes perecederos de esta vida, los cuales acabarán por llevarnos al infierno? Más vale preferir la penitencia, vivir siempre con el pensamiento puesto en Dios, y de este modo alcanzar el supremo bien.

Salió, pues, de su aposento lujoso, lavó el fruto de la inmortalidad, y se lo comió;

(1) Moneda equivalente a unas dos pesetas.

y luego abandonó el trono, se hizo *yogi* (asceta mendicante) y se puso a viajar de ciudad en ciudad, de bosque en bosque, sin hablar con nadie, sin escuchar lo que hablaban, viendo y observando por sí propio cuanto ocurría en sus dominios.

Cuando la noticia de que el trono de Bikram estaba vacante llegó a oídos de Indra (el dios del cielo, el Jefe de los dioses), envió un Genio a Daranogar, que fuera el guardián de la ciudad y velase por ella de día y de noche. Y por toda la inmensidad del imperio se extendió la noticia de que el rey Bikram había abandonado sus estados; hasta que el mismo rey oyó la nueva y volvió inmediatamente a su país.

Llegó a la ciudad en punto de la media noche. Al entrar, lo detuvo el Genio guardián, gritándole:

— ¿Quién eres? ¿Dónde vas? Detente un momento y dime tu nombre.

— Soy el rey Bikram — respondió —, y me dirijo a mi ciudad —. ¿Quién eres tú, que me detienes?

— Me han enviado los dioses — contestó el Genio — para guardar esta ciudad —. Si verdaderamente eres el rey Bikram, has

de mantener un combate conmigo primero, y luego entrarás en la ciudad.

No vaciló Bikram un momento: sujetó su cintura y desafió al Genio; éste le hizo cara y principió el combate. El rey acabó por derribar en tierra a su enemigo y se sentó sobre su pecho. Entonces el Genio le dijo:

— ¡Oh, rey! Me has abatido en tierra: te perdono la vida.

Bikram soltó la carcajada.

— ¿Te has vuelto loco? — le preguntaba —. ¿A quién perdonas la vida? Si quisiera podría yo matarte. ¿Cómo dices que me haces gracia de la vida?

— ¡Oh, rey! — replicó el Genio —. Yo te salvo de la muerte; pero antes escúchame. Tú podrás después, libre de inquietudes, gobernar al mundo entero.

Soltólo el rey, dispuesto a escucharle atentamente, y el Genio habló así:

— Tres hombres han nacido en la misma ciudad, en la misma fase lunar, en el mismo día y en la misma hora. Uno de ellos eres tú, que has nacido en la casa de un rey; el segundo ha visto la luz en casa de un comerciante de aceite; el tercero, el *yogi* (asceta), ha venido al mundo en la casa

de un alfarero. Tú reinas aquí. El hijo del comerciante de aceite poseía el trono de las regiones infernales. El alfarero, una vez cumplida su penitencia, ha matado al comerciante de aceite y ha hecho de él un Genio malo, que habita en un cementerio, colgado con la cabeza abajo en un *siris* (1). Ahora está fraguando tu muerte. Si logras escapar de sus asechanzas, reinarás. Yo te he advertido lealmente: ¡guárdate!

Y dichas estas palabras, el Genio desapareció. El rey entró en su palacio.

A la mañana, salió de sus habitaciones y dió las órdenes oportunas para celebrar un consejo. Todos sus dignatarios, grandes y pequeños, se presentaron ante su majestad y le hicieron ofrendas. Las músicas dejaron oír sus acordados sonos. La ciudad entera se alegró y se regocijó extraordinariamente. En todas las casas se cantaba y se danzaba: tal era el júbilo que la vuelta del rey virtuoso, produjera en el pueblo.



(1) Árbol: *Mimosa sirissa*.

El rey gobernaba con equidad y justicia.

Cierto día se presentó en la corte un *yogi* (asceta) llamado Shant-Shil, con una magnífica fruta en la mano, que él mismo entregó al rey. Extendió luego su tapiz, como lo hacen los devotos para rezar sus oraciones, y se sentó. Al cabo de una hora se marchó. El rey pensó si sería aquel individuo el que conspiraba contra su vida, según le informara el Genio. Y entrando en sospechas y desconfianzas, decidió no comerse la fruta, sino entregársela a su mayordomo, recomendándole que tuviera cuidado con ella. El asceta venía todos los días a ver al rey, y le daba una fruta más hermosa.

En una ocasión estaba el rey viendo sus cuadras, acompañado de algunos servidores, cuando llegó el asceta y le entregó la fruta, como de costumbre. Tomóla Bikramí y la llevaba en la mano, echándola al aire suavemente; de pronto se le escapó y cayó al suelo. Un mono la recogió con presteza y la partió: de su interior salió un rubí de tal brillo, que el rey y sus compañeros se quedaron estupefactos.

— ¿Por qué me has dado este rubí? — preguntó el rey al asceta.

— ¡Oh, gran rey! — contestó el interpelado —. Está escrito en los libros sagrados que no se debe entrar con las manos vacías en la morada de un rey, de un maestro espiritual, de un astrólogo y de un médico. Por esto yo he venido a tu presencia con una fruta. ¡Oh, rey! ¿Por qué hablas de un rubí, si en todas las frutas que te he dado había una piedra preciosa?

Al oír esto, el rey ordenó a su mayordomo que le llevara las frutas del asceta y, habiéndolas abierto, se confirmó que dentro de cada una había un rubí.

Extremadamente contento se quedó el rey, viendo aquella colección de rubies. Llamó a un lapidario para que examinase las piedras, y le dijo:

— Nosotros no podemos llevarnos nada de este mundo. La honradez es una gran virtud aquí en la tierra. Dime, pues, honradamente, el valor de cada una de estas piedras.

— ¡Oh, rey! — contestó el joyero —. Razón lleva vuestra majestad: el que posee esta virtud, lo tiene todo. La virtud nos acompaña siempre, nos sirve igualmente en los dos mundos: el terrenal y el divino.

¡Escúchame, gran rey! Cada piedra de estas es perfecta de color, de peso y de forma. Si te dijese que cada una vale diez millones de millones de *rupias*, me quedaria muy por bajo de su verdadero valor. En realidad, cada rubí de éstos vale una de las siete partes del mundo.

Muy satisfecho por lo que acababa de oír, el rey dió al joyero un vestido de honor y le despidió afectuosamente. Después, tomando al asceta de la mano, le hizo sentar en su trono, y le dijo:

— Mi reino entero no vale lo que uno solo de estos rubíes que tenemos delante. Dime: ¿por qué me has dado estas joyas, tú que estás desnudo?

— ¡Oh, rey! — respondió el asceta —. Yo te lo diré particularmente, porque no conviene hablar en público de magia, de encantos, de drogas, de religión, de asuntos domésticos, de cosas prohibidas que hayamos comido, de noticias escandalosas que hayan llegado a nuestros oídos. Escucha esta ley: «Cuando una palabra es oída por seis orejas, no se puede guardar secreto; si la oyen cuatro, ninguno más la oye; si la escuchan dos orejas, ni siquiera el Dios

Brahma la conoce: ¿cómo podría dudar entonces el hombre?»

Convencido el rey por tan discretas palabras, introdujo al asceta en un aposento reservado y, a solas con él, le dijo:

— ¡Oh, santo venerado! Tú me has dado todos estos rubies y yo ni siquiera te he dado de comer un solo día. Estoy verdaderamente confundido. Dime qué deseas.

— ¡Señor! — replicó el asceta —. Para alcanzar las ocho perfecciones místicas es necesario que yo haga magia y pronuncie conjuros en un gran cementerio a la orilla del río Godavery. Yo me atrevería a pedirte a modo de limosna que estuvieses a mi lado toda una noche; con tu presencia mis encantamientos producirán el debido efecto. Esto es lo que quiero pedirte.

— ¿Nada más que eso? — preguntó el rey —. Iré contigo. Dime el día en que hemos de reunirnos.

— Ven a buscarme — le contestó el asceta — solo y armado, la noche del martes, día catorce de la mitad oscura del mes de Badón (agosto).

— Puedes partir — dijo resueltamente el rey —; iré completamente solo.

Una vez obtenida esta promesa, el asceta se despidió del rey.

El día señalado entró en un templo, preparó todo lo que necesitaba y se fué a sentar en el cementerio.

Bikram, por su parte, reflexionó sobre su extraña situación. Cuando llegó el momento de su partida, se ciñó la espada, ajustó sus vestidos, y solo, en medio de la noche, se fué a buscar al asceta. Al encontrarle, se saludaron afectuosamente.

— Acércate y siéntate a mi lado — dijo el asceta al rey.

Éste vió con asombro llegar por todos lados genios, fantasmas, hechiceros de todas clases, revestidos de formas terroríficas, entregados a danzas desenfrenadas. Y el asceta, sentado en medio de ellos, golpeaba sus cráneos.

Bikram no tembló al ver aquel infernal espectáculo; ni siquiera el menor temor sacudió sus nervios, sino que preguntó tranquilamente al asceta qué debía él hacer, para qué papel era necesaria allí su presencia.

— ¡Oh, rey! — contestó el asceta —. Ya que has venido, puedes hacer una cosa. A unas dos leguas hacia el Sur del lugar en

que estamos, hay un cementerio, que se conoce por un frondoso árbol de *siris*; de las ramas de este árbol está suspendido un cadáver. Anda y tráemelo para que yo pueda celebrar los ritos convenientes.

El rey tomó la dirección indicada; el asceta se sentó devotamente con las piernas cruzadas, y se puso a mascullar sus oraciones.

La noche era tenebrosa. La lluvia caía a cántaros, con tal violencia, como si ya jamás hubiera de llover; y los duendes y los diablos formaban tal batahola, que hasta el semidiós, el héroe más valiente, no los hubiera podido ver sin temblar. Sin embargo, el rey seguía impertérrito su camino. Se acercaban serpientes arrastrándose y se le enroscaban en las piernas; pero él las alejaba por medio de fórmulas mágicas. Como pudo, logró pasar tan penoso camino y llegar al cementerio; allí vió a genios que se apoderaban de hombres y los golpeaban hasta matarlos; vió a hechiceras que roían el hígado de las bestias; tigres rugientes, elefantes que berreaban.

Al fin, distinguió el árbol de *siris* que buscaba: cada rama, cada hoja, desde la raíz

a la copa, ardía lanzando grandes chisporroteos. Y por los cuatro puntos cardinales se oía un clamor continuo: «¡Matadlo, matadlo! ¡Cogedlo, cogedlo! ¡Cuidado con que se os escape!»

Ante tan tremendo espectáculo, el rey no tembló; pero sí pensó que tal vez aquel as-



Las serpientes se acercaban amenazadoras.

ceta sería el enemigo de quien el Genio guardián de la ciudad le había hablado y le había encargado que estuviera prevenido. Acercóse con precaución y vió un cadáver, sujeto con una cuerda a una rama, colgado con la cabeza abajo.

Quedóse muy contento al ver que sus esfuerzos habían dado resultado satisfactorio. Sacó la espada y abroquelóse con su escudo; trepó atrevido por el árbol, cortó la cuerda y el cadáver cayó al suelo. Tan pronto como tocó la tierra, el cuerpo muerto empezó a llorar y a rechinar los dientes. Oyendo estos gritos, el rey se alegró, pensando que aquel hombre aún vivía, y, bajando del árbol, le preguntó:

— ¿Quién eres?

Así que el cadáver oyó estas palabras, rompió a reír, con gran asombro del rey, y volviendo por sí solo a subir al árbol, colgóse otra vez de la rama, como estaba. El rey subió de nuevo, cogiólo debajo del brazo y lo dejó en tierra, preguntándole muy irritado:

— ¡Miserable! ¡Dime quién eres!

No le respondió. «Tal vez — pensó el rey — éste sea el comerciante de aceite de quien me habló el Genio guardián y que había sido abandonado por el asceta en un cementerio.» Con este pensamiento, envolvió el cadáver en un lienzo y se lo cargó al hombro.

Un hombre que muestra tanta resolución,

debe triunfar. El Genio malo — que en efecto aquél era —, viendo que se lo llevaba, le preguntó:

— ¿Y tú, quién eres? ¿A dónde me conduces?

— Soy el rey Bikram — contestó secamente —, y te llevo a poder de un asceta.

— Iré — replicó el Genio malo —; pero con una condición: que tú no me hablarás durante el camino. Si me hablas, me volveré a mi árbol.

El rey aceptó la condición y le llevó consigo. Entonces el Genio malo habló así:

— ¡Oh, rey! Las personas instruidas, inteligentes y sabias, pasan sus días deleitándose en el canto y en la lectura de los libros sagrados; los imbéciles y los necios los pasan en el sueño y en los placeres. Vale más que durante este viaje nos entretengamos en cosas útiles. Escucha, pues, lo que te voy a contar.

Y comenzó su relato en esta forma:

LA MUERTA RESUCITADA

A las orillas del río Jamna está situada la ciudad de Darmstal. Allí vivía el brahmán Keshav, haciendo sus penitencias y cum-

pliendo sus deberes religiosos, en la ribera del río. Su hija, llamada Madu-Malati (dulce jazmín), era bellísima y ya alcanzaba la edad para casarse. Lo mismo su padre que su madre y su hermano se ocupaban en buscarle un marido conveniente.

Sucedió un día que su padre marchó para asistir al matrimonio de uno de sus clientes, y su hermano se fué a leer en la casa de un maestro, residente en el lugar vecino; y después de su partida, el hijo de otro brahmán llegó a casa de Keshav.

La madre, habiendo notado el valor y la belleza de aquel mozo, le prometió su hija en matrimonio. El padre, a su vez, la había prometido entre tanto a otro joven brahmán, y lo mismo había hecho el hermano por su cuenta.

Pocos días después se juntaron en casa de Keshav los tres pretendientes. Los tres eran igualmente gallardos, instruidos y prudentes. El brahmán se puso a reflexionar. «Una joven y tres pretendientes... ¿A quién se la daré?... ¿A quién no se la daré? Y lo peor es que la hemos prometido a los tres... ¡Terrible situación! ¿Qué haré?»

Y mientras que estaba sentado y reflexio-

nando, una serpiente mordió a la joven y la causó la muerte.

Ante tal desgracia, el padre, el hermano y los tres pretendientes se pusieron de acuerdo y rápidamente hicieron diligencias para buscar encantadores de serpientes y todas aquellas personas hábiles en el arte de expulsar el veneno por medio de ensalmos y conjuros. Pero todos ellos, así que vieron a la joven, declararon que no podía ser vuelta a la vida.

— Porque una persona no vive — dijo el primero — cuando la serpiente la ha mordido en los días quinto, sexto, octavo, noveno y décimocuarto de la luna.

— Y tampoco sobrevive a su mordedura — añadió el segundo — el que ha sido mordido el sábado o el martes.

— Si un órgano de los sentidos — indicó el tercero —, el labio inferior, la mejilla, el cuello o el vientre, son alcanzados por la mordedura, no se libra de la muerte el herido.

— Ni el mismo Brahma — afirmaron los otros — podría devolverla la vida. ¿Cómo podremos hacerlo nosotros? Nos despedimos, para que podáis hacer los funerales.

Los exorcizadores y los encantadores de serpientes se retiraron. El brahmán Keshav recogió el cadáver, lo llevó a un cementerio y lo quemó. Después de que él se hubo alejado llegaron los tres pretendientes. Uno de ellos reunió los huesos, los lió en manojos y se hizo faquir. El segundo recogió en un paquete las cenizas, se construyó una cabaña en aquel sitio y se quedó a vivir allí. El tercero de los pretendientes tomó el zurrón y la capa de *yogi* (asceta) y empezó a viajar de país en país.

Cierto día, hallándose en un país lejano, entró en casa de un brahmán a pedir algo que comer. El dueño de la casa le invitó a su mesa. El asceta entró y se sentó. Cuando estuvo dispuesta la comida, su huésped le hizo lavar las manos y los pies y le introdujo a la sala cuadrada, donde le ofreció el lugar preferente; sentóse él a su lado; su mujer los servía los manjares.

A mitad de la comida un niño pequeño empezó a llorar y a tirar a su madre de la orla del vestido; ella trató de quitárselo de encima, pero el niño no la soltaba; le acarició un poco, mas el chiquillo seguía llorando; hasta que la mujer, irritada, cogió al

niño y lo arrojó al fuego, que en un momento lo consumió y lo redujo a cenizas.

Al ver aquello, el asceta, indignado, se levantó, y el brahmán le preguntó por qué no comía.

— ¿Quién podría comer — contestó disgustado — en una casa donde se cometen tales actos, propios de un *rakshasa* (ogro, gigante)?

El dueño se levantó entonces, se fué al otro extremo de la casa y volvió con un libro que trataba de la ciencia de la resurrección. Buscó en sus páginas una fórmula mágica, la repitió, y el niño fué vuelto a la vida; el asceta, testigo de tal maravilla, pensó: « Si yo poseyese este libro, podría resucitar a mi amada. » Y continuó su comida. Luego se quedó en la casa.

Llegó la noche... Cuando acabaron de cenar, cada cual se dirigió a su cama y, habiéndose echado, se pusieron a charlar de diferentes cosas. El asceta se acostó en otra parte de la casa, pero velaba. Cuando vió que había pasado la mayor parte de la noche y observó que todos estaban dormidos, se levantó quedamente, entró en el aposento de su huésped, cogió el libro y huyó.

Color



Aprovechando el sueño de los otros, el asceta cogió el libro y huyó con él.

Al cabo de algunos días de viaje llegó al cementerio en que la hija del brahmán había sido quemada y allí encontró a los otros dos pretendientes, sentados y hablando juntos. Como lo reconocieran, fueron a su encuentro y le preguntaron:

— ¡Hermano! Dinos, tú que has viajado de país en país, ¿qué ciencia has adquirido?

— He aprendido a resucitar a los muertos — les contestó con aplomo.

— Pues si has aprendido esto — le replicaron — da la vida a la joven a quien amamos.

— Haced un montón con sus cenizas y sus huesos — les mandó —, y yo la volveré a la vida.

Cuando estuvieron reunidos los huesos y las cenizas, sacó del libro una fórmula mágica, la repitió, y la preciosa joven se levantó viva.

Pero el dios Kama (Amor) les cegó, y los tres comenzaron a disputar.



Y el Genio malo, dirigiéndose al rey, le preguntó:

— Dime, ¡oh rey!, ¿a cuál de los tres hombres pertenece la mujer?

— Al que se quedó en la cabaña, haciendo vida ascética — respondió el rey.

— Pero si uno no hubiera conservado sus huesos — replicó el Genio —, y otro no hubiera adquirido la ciencia de hacer resucitar, ¿cómo aquél la hubiera podido volver a la vida?

— El que conservó sus huesos — repuso el rey —, cumplió con un deber de hijo; el que le dió la vida fué para ella un padre; por tanto, ella es la esposa del que habiendo recogido sus cenizas, se construyó una choza y en ella vivió.

Y como el rey había hablado, faltando a la condición pactada, el Genio malo se volvió a su árbol.

Siguiólo el rey, cogiólo de nuevo, se lo cargó a la espalda y se lo llevó; y mientras el rey caminaba con su pesado fardo, el Genio malo comenzó este relato:

EL CRIADO FIEL

¡Oh, rey! Reinaba en la ciudad de Bardván un rey llamado Rupsén. Estaba un día sentado en una sala próxima al umbral del palacio y oyó un rumor clamoroso de gente en la parte de afuera.

— ¿Quién hay a la puerta? — preguntó el rey —. ¿Qué ruido es ese?

— ¡Extraña pregunta la de vuestra majestad! — contestó el portero —. El umbral de la casa de un hombre rico y principal está siempre invadido por gentes atraídas por la afición a las riquezas. Se sientan y hablan de diversas cosas. Tal es la causa de este ruido.

El rey se quedó silencioso al oír esto.

Mientras tanto un viajero venido del Sur, un *rajput* (guerrero), llamado Birbar, se presentó a la puerta del rey con la esperanza de entrar a su servicio.

El portero fué a avisar al soberano y a decirle que un individuo, un guerrero, dispuesto a entrar a servir al rey, estaba de pie en la puerta, esperando recibir la orden de presentarse ante su majestad. Con la venia del rey, el portero introdujo a Birbar a la presencia real.

— ¿Qué pides para tu gasto diario? — le preguntó el rey.

— Dame cada día mil *tolas* (1) de oro —

(1) Peso que varía en las distintas regiones del país.

respondió Birbar —; esto me permitirá vivir.

— ¿Cuántas personas traes contigo? — preguntó el rey sorprendido de tal pretensión.

— Tengo en primer lugar una mujer — contestó Birbar —; en segundo, un hijo; luego una hija; y, por último, yo. No hay conmigo quinta persona.

Al oír esto, todos los personajes de la corte se sonrieron despectivamente; pero el rey reflexionó por qué aquel hombre le pediría tanto dinero. Y pensando que acaso aquel dinero, aquel desprendimiento, le sería algún día provechoso, hizo llamar a su mayordomo y le ordenó sacar cada día del tesoro real mil *tolas* de oro para dárselas a Birbar, que en aquel mismo momento recibió sus primeras mil monedas.

Una vez que Birbar las tuvo en su casa hizo dos partes iguales: una se la distribuyó a los brahmanes; de la mitad restante hizo otras dos partes, repartiendo una a los peregrinos, a los ascetas, a los adoradores de Vishnú, y a los religiosos mendigos; con la otra mandó preparar alimentos que dió a los pobres, comiendo él de las sobras.

De esta manera vivía Birbar con su mujer y sus hijos; y por la noche, tomando su escudo y su espada, montaba la guardia cerca del lecho real; y cuando el rey, al despertarse, gritaba: «¿— Quién está ahí?», él invariablemente respondía: «— Birbar está aquí, señor, dispuesto a recibir tus órdenes y a dar por ti su vida.»

Todas, todas las veces que el rey llamaba, Birbar daba la misma respuesta y ejecutaba todas las órdenes reales, fueran las que fuesen. Por el dinero velaba al monarca de aquella forma, durante la noche entera; y lo mismo cuando comía que cuando bebía, dormía, descansaba, andaba o paseaba, hallábase Birbar ocupado siempre, durante las ocho vigiliass del día, en el pensamiento de su amo y señor.

Es un hecho general: «El que vende a su semejante, es vendido a su vez.» Y un buen servidor que se pone a servir, se vende a sí mismo. Habiéndose vendido, está bajo la dependencia de su dueño. ¿Y cómo puede ser feliz el que está bajo la dependencia de otro?

Es cierto que un servidor, por inteligente, por hábil, por instruído que sea, queda

mudo de temor cuando está en presencia de su amo; permanece silencioso, y no se siente tranquilo hasta que se encuentra lejos de él. Por eso los sabios han dicho: «Es más difícil hacer conscientemente un servicio que cumplir las penitencias religiosas.»

Pero volvamos a Birbar. Una noche se oyó del lado de un cementerio la voz de una mujer que lloraba. El rey, que había sentido aquel ruido, gritó:

— ¿Quién está ahí?

Y Birbar, al oírlo, contestó como siempre:

— Yo estoy presente. ¿Cuáles son tus órdenes?

— Anda al lugar donde se oye llorar a esa mujer — le mandó el rey —, entérate de la causa de su llanto y vuelve en seguida.

Y después de haberle dado esta orden, el rey pensó: «Para probar a un servidor no hay nada como darle una orden en cualquier momento. Si la ejecuta, podrás saber que es útil; si hace alguna objeción, no sirve para nada. En los momentos difíciles se ponen a prueba los hermanos y los amigos, y en la pobreza se conoce lo que vale una mujer.»

Recibida la orden, Birbar se dirigió ha-

cia el lugar de donde venía el ruido de sollozos, y el rey, con ánimo de conocer hasta dónde llegaba el valor de su criado, se puso un traje oscuro y le siguió de lejos, sin que el otro se diese cuenta.

Así que Birbar llegó al cementerio donde se oyeran los llantos, vió con sorpresa a una bellísima mujer, cubierta de joyas desde la cabeza hasta los pies. Gemía y rechinaba los dientes desesperada; unas veces danzaba, otras saltaba, otras corría de un lado para otro; pero en sus ojos no se veía ni una lágrima. Se golpeaba la cabeza, lanzando agudos gritos interminables, y se revolcaba por el suelo.

Birbar se acercó y le preguntó la causa que le hacía llorar y martirizarse de aquella forma, y quiso saber la desgracia que le aquejaba.

— ¡Yo soy la buena Fortuna del rey! — contestó.

— ¿Y por qué lloras? — le preguntó otra vez Birbar.

Entonces ella le contó que en la casa del rey iban a cometerse actos indignos, que darían ocasión a grandes desgracias. Y añadió:

— Yo abandonaré la casa, y al cabo de un mes el rey morirá en medio de las más terribles torturas. Lloro esta desdicha que me agobia, porque yo he proporcionado a su



La joven se golpeaba la cabeza, lanzaba agudos gritos, se revolcaba por el suelo...

casa mucha alegría, y esta desgracia que ahora viene es inevitable.

— ¿Pero no hay ningún remedio para esto? — preguntó Birbar emocionado —. ¿No hay nada que pueda salvar al rey y hacer que viva cien años?

— A unas cuatro leguas hacia el saliente — contestó la dama — se ve un templo

consagrado a una diosa. Si tú ofreces a esta diosa la cabeza de tu hijo, cortada con tus propias manos, el rey vivirá cien años y no le ocurrirá mal alguno.

Apenas Birbar oyó estas palabras, sin inmutarse, tomó el camino de su casa. El rey le seguía de lejos.

Despertó a su mujer; le contó en detalle lo que sucedía, y ella, al saberlo, despertó a sus hijos, y dirigiéndose al mozo, le dijo:

— ¡Hijo mío! Entregando tu cabeza, el rey se salvará y se mantendrá en el trono.

El mozo respondió tranquilamente:

— ¡Madre! La cosa más sagrada para mí es tu palabra, y después el interés de mi señor. ¿Hay en el mundo algo mejor que sacrificar el cuerpo a una divinidad? Si este sacrificio es necesario, no hay que dudar. Dice un proverbio que quien posee estas cinco cosas: un hijo obediente, un cuerpo sano, la ciencia, un amigo inteligente y una mujer sumisa, difunde a su antojo la alegría y disipa el dolor; y que un criado infiel, un rey avaro, un amigo falso, una mujer indómita, son las cuatro cosas que quitan el sosiego y atormentan al hombre.

Birbar habló a su mujer.

— Si tú das tu hijo con alegría, yo me lo llevaré y lo inmolaré a la diosa por amor al rey.

— Para mí — contestó ella — no son nada mi hijo, mi hija, mis parientes, mis amigos; mi alegría está puesta en ti, y está escrito en los libros sagrados que una mujer no se purifica por las limosnas, o por las penitencias, sino sirviendo fielmente a su marido, aunque fuese mudo, sordo, ciego, tuerto, leproso o jorobado. Si no cumple las órdenes de él, caerá en el infierno, a pesar de todos los actos de virtud que haya podido ejecutar en este mundo.

— ¡Padre mio! — dijo a su vez el mozo —. El hombre que es útil a su señor, tiene una vida fecunda en este mundo, y en razón del valor de su vida será feliz en el otro.

Y la hija decía:

— Si una madre es capaz de envenenar a su hija; si un padre vende a su hijo; si el rey se apodera de los bienes de sus súbditos, ¿quién nos protegerá?

Hablando estas cosas y otras, aquellas cuatro personas se dirigieron con rapidez al templo de la diosa. El rey les seguía disimuladamente.

Cuando Birbar llegó al templo de la diosa, juntó las manos y oró.

— ¡Oh, diosa! — dijo luego —: Yo te sacrifico gustoso a mi hijo: haz tú, en cambio, que la vida del rey se prolongue cien años.

Después sacó su espada, y la cabeza del mancebo rodó por el suelo. Viendo muerto a su hermano, la hija se dió muerte también; y otro tanto hizo la madre. Entonces, Birbar pensó:

«Ahora que mis hijos han muerto y que me he quedado solo en el mundo, ¿para qué he de seguir sirviendo? ¿A quién daré yo el oro que gane de la casa del rey? ¿De qué me sirve la vida?»

Y tomando su espada, se hirió y cayó muerto en tierra.

El rey, al ver aquellos cuatro cadáveres, exclamó aterrado:

— Toda la familia de Birbar ha perecido por mi causa. ¡Maldito sea el gobierno que ha ocasionado la destrucción de una familia entera y que sólo un hombre lo posee! No es justo reinar a tal precio.

Y hecha esta reflexión, sacó su espada y se iba a dar el golpe mortal, cuando la diosa se interpuso, y le dijo:

— ¡Oh, hijo mío! Estoy satisfecha de tu resolución y te concederé el favor que me pidas.

— ¡Madre! — exclamó el rey —. Si estás contenta de mí, devuelve la vida a estas cuatro personas.

Y así lo hizo la diosa, sin el menor reparo.



El Genio terminó su relato. El rey Bikram exclamó:

— ¡Feliz el servidor que por amar a su dueño no duda en dar su vida y la vida de su familia! Y feliz el rey que no da importancia a su reino y a su vida!

Oído esto, el Genio preguntó al rey Bikram:

— Dime, ¡oh, rey!, ¿cuál de estos cinco individuos ha sobrepujado a los otros en virtud?

— El rey — contestó Bikram.

— ¿Por qué? — insistió el Genio.

El rey dijo:

— Conviene que el criado dé la vida por su amo: éste es su deber; pero el rey abandonó su reino por amor a su servidor, y no

le importó su propia vida más que una brizna de paja: su virtud excedió con mucho a la virtud de Birbar.

¡ Habiendo oído el Genio estas palabras de Bikram, que había faltado otra vez al pacto hecho de no hablar, se volvió al cementerio y se colgó del árbol; pero el rey se fué detrás, lo cogió de nuevo, le cargó en la espalda y se lo llevó.

LA NIÑA DE LOS TRES MARIDOS

El Genio malo habló así esta vez:|

El rey de la ciudad de Ujjain tenía un embajador llamado Haridas, el cual era padre de una muchacha nombrada Mahadevi, de extraordinaria belleza.

Los ojos de esta joven eran como los del gamo; los bucles de sus cabellos ondulantes parecían a las crías de las serpientes; sus cejas simulaban arcos; su nariz semejaba al pico de un papagayo; sus dientes formaban una fila de treinta y dos perlas; sus labios tenían el color bermejo de la calabaza (1); su cuello era como el de un pichón |

(1) *Byronia grandis*, cuyo fruto es rojo;

su talle emulaba al del leopardo; sus manos y sus pies parecían botones de la flor de loto: una ninfa del paraíso se hubiese quedado atónita al contemplar aquella perfección y belleza.

Cuando Mahadevi llegó a la edad conveniente, su padre pensó en procurarla un buen marido.

La doncella le dijo un día:

— ¡Oh, padre mio! Dame por esposo a un hombre perfecto, que posea todos los conocimientos.

El padre le prometió casarla con un hombre que poseyera todas las ciencias.

Pasó algún tiempo. El rey llamó a Haridas y le dijo:

— Vete a ver de mi parte al rey Hari-chaud, que vive en el Sur. Infórmate de su salud y de su bienestar y enviame sus noticias.

El embajador se despidió de su rey, y al cabo de unos días llegó a la corte del rey amigo; le transmitió el mensaje de su señor, y desde entonces vivió al lado de este monarca, que gustaba de hablar con el embajador y le dispensaba su gracia.

Una vez le preguntó:

— ¡Oh, Haridas! ¿Ha comenzado ya la edad negra? (1).

— ¡Señor! — le respondió Haridas, juntando las manos —. La edad de hierro ha



El rey encomendó a Haridas una embajada especial.

comenzado, porque la mentira aumenta en el mundo y la verdad disminuye. En boca de las gentes hay dulces palabras, pero guardan la impostura en el fondo de su corazón. La justicia está destruída, y el cri-

(1) Edad de la discordia, una de las varias que supone en el mundo la cosmogonía india (edad perfecta, del sacrificio, de la duda y de la discordia).

men aumenta. La tierra ha comenzado ya a dar pocos frutos; los reyes han principiado a elevar los tributos. Los brahmanes se han vuelto avaros; las mujeres han abandonado la modestia; el hijo no obedece los mandatos de su padre; el hermano ya no tiene confianza en su hermano; entre los amigos ya no hay amistad; los amos no son sinceros y los criados abandonan su servicio. Todo lo que es impropio ha hecho su aparición en el mundo.

Días después de esta conversación con el rey, estaba Haridas sentado en su casa, cuando se le presentó el hijo de un brahmán y con frases de gran elocuencia le pidió la mano de su hija, la hermosa Mahadevi.

— Yo he prometido darla — contestó el embajador — al hombre que posea el conocimiento de todas las cosas.

El joven entonces afirmó que conocía todas las ciencias.

— ¡Pues bien! — le dijo Haridas —. Muéstrame lo que sabes hacer, para que pueda yo juzgar de la extensión de tus conocimientos.

— He construído un carruaje de cuatro

ruedas — contestó el brahmán —, y con él puedo trasladarte en un instante al lugar que quieras.

— Pues trae mañana al amanecer esta maravilla de coche.

Al otro día, en punto del alba, el brahmán llevó su coche al embajador y los dos juntos montaron y se trasladaron a la ciudad de Ujjain en un momento.

Pero antes de su llegada, el hijo de otro brahmán se había presentado al hijo mayor de Haridas, pidiéndole su hermana en matrimonio, y había obtenido la misma respuesta: que él daría su hermana a quien conociese todas las ciencias. El pretendiente había afirmado que él lo sabía todo, y el hermano de Mahadevi se la había prometido.

La misma petición había hecho el hijo de un tercer brahmán a la madre de Mahadevi, y la misma respuesta había obtenido, de que sería dada a quien fuese versado en todas las ciencias. Como el mozo asegurase que todo lo sabía, hasta el arte de lanzar una flecha guiándose por el sonido, le había prometido también la mano de la doncella.

En resumen, que se habian juntado tres novios y Haridas se vió apurado.

«¡Una hija para tres novios! — pensaba —. ¿A cuál se la daré? ¿A cuál no se la daré?»

Conforme estaba absorto en aquellas dudas, un *rakshasa* (ogro) vino durante la noche, arrebató a la joven y se la llevó a la cima de una montaña.

Amaneció. La hermosa Mahadevi había desaparecido, y nadie podía dar noticias de ella. Se hicieron toda clase de suposiciones. Enterados del caso los tres pretendientes, vinieron apresurados. Uno de ellos era sabio. El padre de Mahadevi, afligido, le preguntó:

— Dime tú, sabio, ¿dónde está mi hija?

El joven, después de reflexionar durante una hora, respondió:

— Tu hija ha sido robada por un ogro, que la ha llevado a lo alto de una montaña.

Después, el segundo pretendiente afirmó que era preciso matar al ogro y traer a la doncella.

Y el tercero anunció que montaría en su carruaje y la iría a buscar.

Así lo hizo. Partió veloz, mató al ogro y rescató a la joven.

Entonces los tres empezaron a disputar.

El padre estaba perplejo. «Todos han contribuido a salvarla — pensaba —. ¿A cuál se la daré? ¿A cuál no se la daré?»



— ¡Oh, rey Bikram! — preguntó entonces el Genio —. ¿De cuál de los tres pretendientes debía ser esposa la bella Mahadevi?

— Del que mató al ogro y la rescató — repuso vivamente el rey.

— La virtud de los tres era igual — replicó el Genio —. ¿Por qué había de obtenerla aquél?

— Los dos primeros — afirmó el rey — tuvieron algún mérito en tanto que sus proyectos fueron puestos en ejecución. Pero el tercero combatió con el ogro, lo mató y rescató a la doncella; por esto debió ser su marido.

El genio, al oír hablar al rey, se volvió a su árbol; pero Bikram se apoderó de él y emprendió de nuevo la marcha.

LAS CABEZAS CAMBIADAS

Mientras Bikram caminaba con él a cuestas, el Genio habló así:

En la ciudad de Darmpur hay un templo que levantó la piedad de un gran rey, para cumplir en él sus deberes religiosos. El rey obtuvo de la diosa adorada en el templo muchas mercedes y beneficios, y en toda la comarca era grande la devoción que aquella divinidad inspiraba.

Un día ocurrió que un blanqueador, que venía de otra ciudad vecina, en compañía de un amigo, pasó por delante del templo de la diosa y, llamándole la atención su belleza exterior, decidió penetrar en él para hacer allí sus devociones. En el instante aquel vió entrar en el mismo lugar a la hija de otro blanqueador, que era bellísima. Quedó maravillado de su hermosura y, una vez en el templo, se prosternó y con las manos juntas dirigió mentalmente este voto a la diosa:

— ¡Oh, diosa! Si por intercesión tuya obtengo a esta bella mujer por esposa, te daré mi cabeza.

Después de haber hecho esta promesa so-



El blanqueador ofreció su cabeza a la diosa.

lemne, volvióse a prosternar y siguió su camino hacia la ciudad, acompañado por su amigo.

Pero cuando hubo llegado, sufrió de tal modo los tormentos de la separación, que perdió el sueño y dejó de comer y de beber. Pasaba las ocho vigiliass del día pensando en la bella del templo, y su amigo, testigo de su triste suerte, contó al padre lo que sucedía.

El padre se alarmó y procuró poner remedio. Y bien claro comprendió que el único posible era lograr la mano de aquella muchacha.

Acompañado, pues, del amigo de su hijo, se fué a la aldea donde vivía el padre de la doncella, y le habló así:

— Tengo que pedirte una cosa. Concédemela y te diré lo que es.

— Si lo que me pides puedo dártelo, cuenta con ello. ¡Habla!

El recién llegado pidió su hija en matrimonio para su hijo. El padre de la hermosa joven consintió. En seguida llamó a un brahmán. Este, después de haber examinado los astros, fijó el día propicio. Luego, el padre de la joven encargó al padre del pretendiente:

— Trae tu hijo y yo pondré amarillas con azafrán las manos de mi hija.

El padre del pretendiente levantóse muy satisfecho y se volvió a su casa a preparar todo lo necesario para la boda. La cual se celebró con las ceremonias y costumbres normales. El nuevo matrimonio vivió con el padre del esposo y pasaron días felices.

Algún tiempo después el joven matrimonio fué invitado, con motivo de un suceso feliz, a casa del padre de la esposa. Partieron los dos en compañía de sus amigos. Conforme llegaban cerca de la ciudad, vieron el templo de la diosa. El hijo del blanqueador se acordó del voto que había hecho y sintió súbita preocupación dentro de su alma.

«No soy virtuoso ni sincero — pensaba —, porque he hecho a la diosa una promesa y no la cumplo.»

Vivamente afectado, dijo a sus amigos:

— Esperad un momento: voy a hacer una visita a la diosa; en seguida vuelvo.

La misma recomendación hizo a su esposa.

Entró, se bañó en una piscina cercana al templo; llegó a presencia de la diosa, juntó

las manos y se prosternó. Después, sacando su espada, se dió un fuerte tajo en la garganta, y su cabeza, separada del tronco, rodó por el suelo.

Mientras tanto, su amigo, como veía transcurrir el tiempo y que no volvía, resolvió ir a ver qué pasaba, y dijo a la esposa: — Quédate aquí; voy a buscarle y le traeré.

Penetró en el templo, y vió con asombro que la cabeza de su amigo yacía por el suelo separada del tronco. Ante tan espantable escena, comenzó a reflexionar y terminó:

«Este mundo está lleno de dificultades. Nadie comprenderá que él mismo ha sacrificado su vida a la diosa; sino que todos creerán que yo le he matado para casarme con su bellísima esposa. Más vale morir que vivir infamado.»

Y diciendo y haciendo, se bañó, fuése ante la diosa, hizo sus oraciones con las manos juntas, y luego se cortó la cabeza.

La esposa continuaba esperando. Inquieta ya, cansada de aguardar, desconfiando de volver a ver a su marido, entró también al templo. Y vió con estupor a los dos hom-

bres muertos, tendidos en tierra, con las cabezas separadas de los troncos. Quedóse aterrada e inmóvil, y empezó a reflexionar:

«Las gentes no creerán que estos dos hombres jóvenes se han ofrecido en sacrificio a la diosa, y sospecharán que una mujer impúdica ha matado a los dos con el sólo fin de hacerles mal. Más vale morir, que tener semejante reputación.»

Y con tales pensamientos, prosternóse ante la diosa, después de haberse bañado en la piscina; tomó una espada del suelo y alzóla para darse el golpe mortal... En aquel instante, la diosa descendió de su trono, detuvo la mano de la bella joven, y le dijo:

— ¡Basta, hija mía! Pídemme un favor, porque estoy satisfecha de ti.

— Si verdaderamente lo estás, oh, madre mía, devuelve la vida a estos dos hombres.

La diosa le mandó colocar las cabezas sobre los cuerpos respectivos de los dos hombres. Temblando de alegría, en medio de su agitación, se equivocó y colocó las cabezas cambiadas, la de su esposo sobre el cuerpo del amigo. La diosa las roció con el agua de la Inmortalidad y los dos hombres resucitaron. Pero apenas se alzaron del

suelo, principiaron a querellarse y cada cual decía:

— ¡Esta es mi mujer!, ¡ésta es mi mujer



El Genio consultó entonces al rey, preguntándole:

— ¡Oh, rey Bikram! ¿Cuál era el marido?

El rey le respondió sin vacilar:

— Está escrito en los libros sagrados que el Ganges es grande entre todos los ríos; que el monte Sumeru (la montaña sagrada de unos 760.000 kilómetros de altura, hecha toda de oro y piedras preciosas) es la primera entre todas las montañas; que el Kalpa-Vriksh (árbol del paraíso de Indra, que tiene el poder de conceder lo que el hombre pide) es el primero entre los árboles; y que la cabeza es el más importante de los miembros del cuerpo humano. Por tanto, aquella mujer era esposa del que poseía la cabeza de su marido.

Apenas Bikram terminó su respuesta, el Genio corrió a colgarse de su árbol; pero el rey le volvió a cargar y a llevarsele consigo.

LAS VICTIMAS DE SU CIENCIA

Viéndose prisionero, el Genio continuó:
Hay una ciudad llamada Yayastal, en la cual residía el brahmán Vishnu-Svami. Tenía este brahmán cuatro hijos: uno era jugador, otro libertino, otro calavera y el cuarto ateo.

Temeroso el brahmán de la desgracia que amenazaba a sus hijos en la vida, les habló así:

«La fortuna no dura en la casa del jugador. En un libro sagrado está escrito: «Expulsad del país al jugador, después de haberle cortado la nariz y las orejas, para que nadie siga su ejemplo; y no os dejéis llevar de la consideración de que él tenga esposa e hijos, porque él los perderá irremisiblemente. Estando bajo el dominio de los libertinos, perderán su hacienda y acabarán por robar.» Las personas que en su infancia no han cultivado la ciencia, los que durante su juventud han sido sacudidos por el huracán de las pasiones y se envanececen de ellas, se arrepentirán de su conducta en su vejez y serán quemados por el fuego de la avaricia.»

El Genio tomó aliento y en seguida continuó su relato:

— Oyendo tales palabras, y otras semejantes de labios de su padre, los cuatro hermanos consultaron y se dijeron que mejor era morir que vivir sin conocimientos, y decidieron marcharse a otro país lejano en busca de la ciencia.

Partieron, pues, y no volvió a saberse nada de ellos en su ciudad natal.

Pasaron muchos años, y cuando los cuatro hermanos se creían suficientemente instruidos, se volvieron a su casa.

En el camino se encontraron con un *kanjar* (hombre de casta inferior que se dedica a la caza de serpientes y se alimenta de ellas). El *kanjar* llevaba a cuestas los huesos y la piel de un tigre muerto. Entonces creyeron llegado el momento de probar su saber, y llamaron al *kanjar*; diéronle unas monedas por su carga, y se despidieron. Apartáronse un tanto del camino, abrieron el envoltorio y el primero de ellos colocó los huesos en orden, como estaban antes de morir el animal; regó aquellos huesos, a la vez que repetía una fórmula mágica. Otro los recubrió de carne por el mismo procedi-

miento; el tercero colocó la piel, y el cuarto hizo revivir el cuerpo.

El tigre se levantó y devoró a los cuatro.



— ¿Cuál de los cuatro era más necio? — preguntó el Genio al rey.

— El que le devolvió la vida al tigre — contestó inmediatamente el rey —. Con razón se dice que la ciencia es inútil donde no hay inteligencia. También se dice que la inteligencia vale más que el saber, y que la persona que no tiene cabeza, muere, como perecieron los cuatro hermanos al darle vida al tigre.

Volvió el Genio al árbol; y otra vez lo cargó a sus espaldas el rey Bikram.

DELICADEZA

Residia en la ciudad de Darmpur — refirió esta vez el Genio — un brahmán llamado Gobind. Profundo conocedor de las vidas y cumplidor de sus deberes religiosos, había educado cuidadosamente a sus tres hijos, que eran instruidos, sabios y obedientes a los mandatos de su padre. Pero éste tuvo la

desgracia de ver morir a su primogénito, y él mismo estuvo a punto de sucumbir de pena, si no hubiera sido por los consuelos que le prodigó Vishnusharma, el sacerdote del rey.

«Desde el vientre de su madre el hombre conoce ya el dolor — decía el sacerdote —. Cuando joven, lo agitan las pasiones; cuando viejo, su cuerpo es débil y cae en la desesperación. Muchos dolores y pocas alegrías encuentra el hombre a través del curso de su vida, porque este mundo es hogar de aflicciones.

»El tiempo, implacable, no lo perdona: lo mismo si trepa por un árbol, que si desciende a la montaña; tanto si se queda disimulado debajo del agua, como si se oculta en una caja de hierro, o se sumerge en el fondo del infierno; sea sabio o ignorante, rico o pobre, razonable o insensato, poderoso o débil, el tiempo lo devora sin consideración.

»Un hombre vive, a lo más, cien años; la mitad de la vida se la pasa en dormir; la mitad restante está absorbido por la infancia y por la vejez, por dolores, disputas y separaciones. La vida es agitada como las

olas del mar. ¿Dónde está la felicidad? Lo mejor es observar los preceptos de la religión.»

— Después de estas palabras del sacerdote — continuó el Genio —, en la mente del brahmán Gobind se aferró más el pensamiento de que debía practicar la virtud. Por lo cual encargó a sus hijos:

— Mientras voy a sentarme para hacer los sacrificios, id al mar y traedme una tortuga.

Cumpliendo el encargo de su padre, fueron los hijos a la orilla del mar, buscaron a un pescador y le dijeron que les cogiera una tortuga, por la cual le darían una *rupia* (moneda de plata de unas dos pesetas de valor).

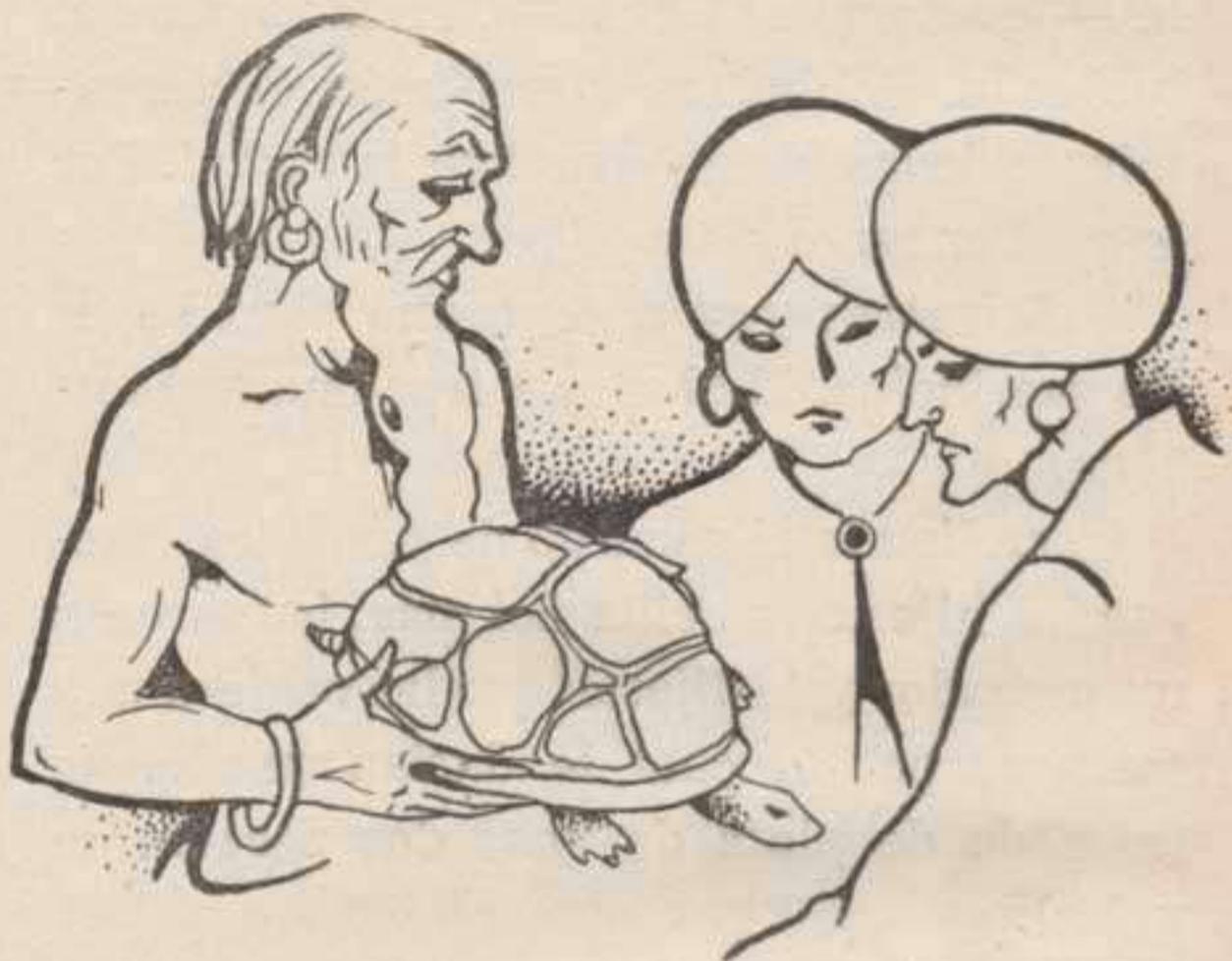
No tardó el pescador en volver con una tortuga; pero el mayor dijo a su hermano que la llevara, y éste se excusó y dijo que la llevara él.

— Yo no la tocaré — decía el primero —, porque mis manos conservarían el mal olor y no podría comer, pues, como sabes, soy muy escrupuloso en las comidas.

— Y yo no cargaré tampoco con ella — dijo el otro —, porque no me dejaría dormir

el olor que quedase en mis manos, porque soy muy escrupuloso en cuanto a la cama.

Y disputando sin cesar, dejaron allí la tortuga y se fueron a la puerta del palacio



El pescador presentó a los jóvenes brahmanes la tortuga que le habían pedido.

real para poner en manos del rey la cuestión, y que él resolviese cuál de los dos era más delicado.

Cuando supo el rey que dos brahmanes disputaban, los llamó y les preguntó la causa de aquella cuestión.

— ¡Oh, gran rey! — le dijo el mayor —.

Yo soy muy escrupuloso en materia de comidas.

— ¡Señor de la tierra! — exclamó el pequeño —. Y yo lo soy más aún en materia de camas.

— Voy a probar vuestra delicadeza — dijo el rey, divertido en extremo.

Y mandó llamar al cocinero mayor de su casa, ordenándole preparar platos variados y escogidos para el brahmán que se decía gastrónomo.

El cocinero dispuso la comida y sirvió el primer plato al brahmán. Pero éste, apenas probó un bocado, lo halló desagradable y lo dejó. Lavóse las manos y fué a buscar al rey, que le preguntó si había comido con gusto.

— ¡Señor! — le respondió —. El primer plato tenía un olor desagradable y no he podido comerlo.

— ¿Pues a qué olía? — inquirió el rey, muy extrañado.

— ¡Gran rey! — contestó el brahmán —. El arroz de que el plato se componía ha sido recogido, sin duda, en algún cementerio antiguo, y despide un desagradable olor a cadáver; por eso no lo he podido comer.

El rey, sorprendido, mandó llamar al cocinero y le preguntó de qué lugar procedía aquel arroz.

— De Sivapur, señor — contestó el cocinero.

Hicieron venir al propietario de las tierras y le preguntaron de qué terreno provenía aquel arroz. Y el agricultor respondió:

— ¡Gran rey! Este arroz lo he recogido en el terreno de lo que fué antiguamente un cementerio.

— Llevas razón — dijo maravillado el rey al brahmán —; en efecto, eres delicado para las comidas.

Hizo luego el rey que sus criados preparasen una cama blanda para el que decía ser delicado en cuestión de lechos y le mandó acostarse en ella. Por la mañana le preguntó si había dormido bien aquella noche.

— ¡Señor! — le contestó —. No he podido cerrar un ojo en toda la noche.

— ¿Por qué? — preguntó el rey.

— ¡Señor! Hay en el séptimo pliegue un pelo que me picaba en la espalda y que no me dejaba dormir.

Oyendo aquello, el rey miró por sí mismo en el séptimo pliegue de la cama y vió que,

en efecto, de allí salía un pelo. Entonces dijo al brahmán:

— Reconozco que habrá pocos más delicados que tú en cuestión de camas.



— ¿Cuál de los dos era más delicado? — preguntó el Genio al rey Bikram.

— El segundo — contestó el monarca.

Y vió que se le escapaba el Genio para suspenderse otra vez del árbol. Llegóse hasta él y lo cargó de nuevo a sus espaldas.

PARENTESCO RARO

Volvió a hablar el Genio:

Había un rey en Darpur, ciudad del país de Dejin, llamado Mahabal. Una vez se vió atacado por el rey de otro país vecino, que llegó hasta a asediar su capital. La lucha encarnizada duró muchos días y su ejército fué casi del todo destruído. Sin recursos ya, partió a la selva durante la noche, llevándose consigo a su mujer y a su hija. Después de haber andado varias leguas por el bosque, llegó por la mañana a una aldea. Dejando a la reina y a la prin-

cesa sentadas bajo un árbol, se encaminó solo al poblado para procurarse algunas provisiones; y de pronto se vió rodeado de enemigos que le intimaron a que arrojara sus armas.

El rey no se arredró y empezó a disparar sus flechas contra los enemigos; éstos hicieron otro tanto; y duró la batalla largo rato, muriendo bastantes de los unos y de los otros. Al fin una flecha tocó al rey en la cabeza; cayó y le mataron.

Cuando la reina y la princesa le vieron muerto, huyeron al bosque, llorando y golpeándose el pecho. Después de haber andado unas dos leguas, se sentaron a descansar, y las más tristes ideas vinieron a sus cabezas y a sus labios.

A la sazón, el rey Chandrasen y su hijo, que estaban cazando por aquel bosque, vieron la huella de los pasos de las dos mujeres.

— ¿De dónde pueden venir estas huellas de pasos en medio del bosque? — preguntó el rey a su hijo.

El príncipe contestó:

— ¡Gran rey! Estas huellas son de mujer. Los pasos de un hombre no son tan cortos.

— Llevas razón - confirmó el rey — ; un hombre no tiene un pie tan pequeño.

— Y acaban de pasar — insistió el príncipe.

— Vamos a buscarlas — propuso el rey —. Si las encontramos, yo te daré por esposa a la que tiene los pies mayores, y tomaré para mí a la que tiene los pies más pequeños.

Aceptada esta condición, se pusieron a buscarlas tenazmente, y al poco rato las encontraron.

Muy contentos, las pusieron a las grupas de sus caballos, conforme a lo convenido. El príncipe llevaba a la reina; el rey, a la princesa.



El Genio preguntó:

— ¡Oh rey Bikram! ¿Qué parentesco tendrán entre sí los hijos del rey y los del príncipe?

Bikram se quedó callado, sin saber qué contestar.



El Genio, muy contento, añadió:

— He sido testigo de tu firmeza y de tu

tenacidad, y estoy satisfecho de ti. Pero voy a decirte una cosa que te interesa. Hay un hombre, cuyos cabellos son como espinos y cuyo cuerpo semeja a la madera, llamado Shant-shil. Ha entrado en la ciudad y te ha enviado a buscarme, mientras él, sentado en un cementerio, continúa ejecutando actos de magia y se propone matarte. Ya te lo advierto. Cuando termine sus plegarias te dirá que le hagas una reverencia de seis miembros (1). Tú le contestarás estas palabras: «Yo soy rey entre los reyes, y todos los hombres me saludan. Hasta ahora no he hecho la reverencia a nadie, y no sé siquiera cómo se hace. Tú, que eres maestro, ten piedad de mí y enséñame a hacer prostraciones.» Cuando se haya inclinado para enseñarte, córtale la cabeza con tu espada, y reinarás en paz. En caso contrario, te matará y se alzará con el poder.

Dicho esto, el Genio malo salió del cadáver donde estaba retenido y se alejó. Mientras que todavía era de noche, el rey Bikram llevó el cadáver al asceta y lo colocó delan-

(1) O sea que las rodillas, los pies y los codos toquen la tierra.

te. Shant-shil, así que lo vió, se alegró en extremo y alabó mucho a Bikram.

Luego repitió varias veces una fórmula mágica, reanimó el cadáver y ofreció su sacrificio. Sentado, y vuelta la cara hacia el Sur, ofreció a la divinidad lo que había preparado: *betel* (planta que mascan los indios), flores, perfumes, lámparas, alimentos consagrados. Después de haber hecho la plegaria, dijo a Bikram:

— Haz una salutación: tú poseerás la gloria y la magnificencia, y los nueve tesoros de las ocho perfecciones.

Pero el rey, acordándose de las palabras del Genio, juntó las manos y le dijo con tono humilde:

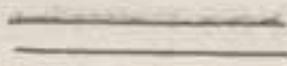
— Señor, yo no sé cómo se hace una reverencia; pero tú, que eres un maestro, ten piedad de mí y enséñame a hacerla.

El asceta se inclinó para enseñarle cómo se hacía la prosternación, y en aquel instante el rey blandió su espada y le cortó la cabeza. El Genio se presentó entonces e hizo caer una lluvia de flores.

Indra y todos los dioses, sentados en sus carros, testigos del valor de Bikram, lanzaron gritos de victoria, e Indra, satisfecho,

dijo al rey que le pidiera un favor, y éste le pidió que su historia fuera famosa en el mundo.

— Tu memoria — le dijo Indra — será famosa mientras duren la luna, el sol, la tierra y el cielo, y tú serás rey de todo el mundo.



LA NIÑA QUE SE VOLVIÓ RATA

DICEN los libros de los antiguos sabios que había en un apartado rincón de la India un brahmán (religioso) dedicado constantemente al servicio de Dios, alejado de la vida mundana y recluso en una gruta.

Tal perfección había llegado a alcanzar, que sus ruegos y oraciones eran escuchados y aceptados por el Señor, que hacía milagros por intercesión de su abnegado siervo.

Estaba el religioso un día en la ribera de un río, cuando vió pasar por encima de él un milano, describiendo anchos círculos con su vuelo tranquilo y reposado, y ascendiendo cada vez más hasta subir a las nubes; lo vió después descender en raudo vuelo vertical, arrojarle sobre algún otro animal en

Inspirado en *Calila e Dimna*, edición Alemany, Madrid, 1915, pág. 289.

el que hizo presa con sus afiladas garras, y volver a remontar el vuelo. De pronto vió caérsele la presa que había hecho.

Acercóse el brahmán, movido de piedad para aquel animalito que había estado a punto de sucumbir entre las garras del milano, y vió que era una ratita blanca.

Tomóla compasivo, envolviólá cuidadosamente en unas hojas grandes de árbol y se la llevó consigo a su refugio, para preservarla de posibles nuevos ataques de otras aves de rapiña.

Pero, conforme iba hacia su gruta, pensaba que le costaría mucho trabajo criar aquel animalito tan pequeño, cuyas costumbres y alimentos ignoraba, y rogó a Dios que la transformase en niña.

El Señor escuchó la plegaria del brahmán y convirtió aquella rata de cría, chiquitina y pelada, en una niña hermosa y apuesta, que el religioso llevó consigo y condujo a su morada.

Crióla con todo esmero y cuidado; y nunca le dijo nada de su origen y procedencia, ni de lo que había pasado con el milano y con su transformación maravillosa.

La niña creyó siempre que era hija del

brahmán, y como a padre lo quería y lo respetaba, cumpliendo sus mandatos, siguiendo sus consejos y procurando satisfacer todos sus deseos.

Cuando la niña alcanzó la edad conveniente, el religioso pensó que debía darla estado y le habló así:

— Hijita, ya tienes edad y no conviene que estés sin marido que te mantenga y te gobierne. Así me veré yo libre del cuidado que me da tu educación y tu crianza, y podré dedicarme por completo a mis oraciones y a la vida contemplativa, que ha sido siempre el anhelo de mi corazón. Escoge el marido que quieras y yo te casaré con él.

La niña comprendió las razones que a su padre movían y consintió en casarse. Contestando al religioso, le dijo:

— Razón llevas, padre mío, en pensar que mi edad exige ya que tome estado, y decidida estoy a obedecerte; pero ya que tú eres tan bueno que me das a escoger entre los que puedan ser mi marido, quiero que el mío sea tal que no tenga semejante en valentía, en esfuerzo, en poder; deseo casarme con el ser más poderoso del mundo.

— No conozco, hija mía, otro ser más po-

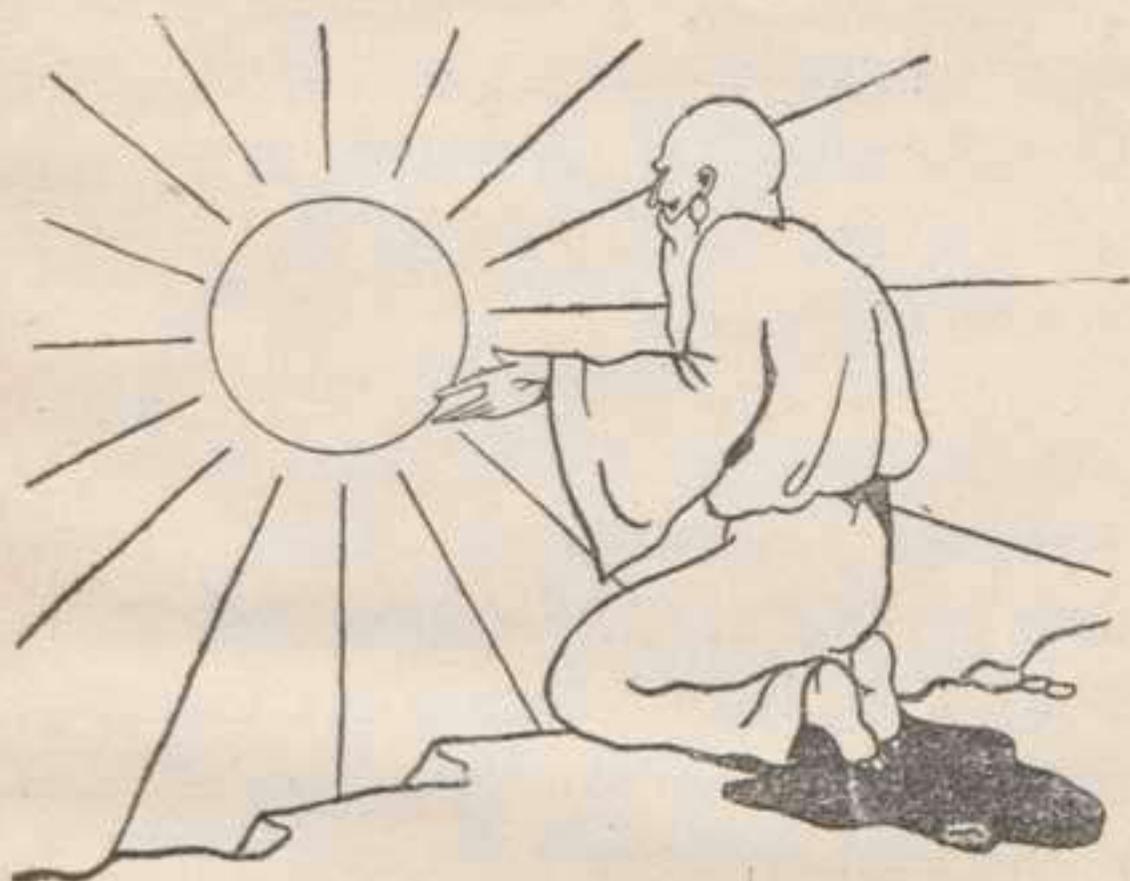
deroso en el mundo que el Sol: él es alto y noble sobre todas las cosas del Universo; sin él no hay vida, ni hay movimiento; él presta luz a nuestros ojos, para que podamos admirar las bellezas con que Dios ha adornado la tierra; él da calor a las plantas para que germinen y produzcan bellas flores, que se cuajan en frutos espléndidos y sabrosos, con los cuales los hombres se alimentan; el Sol es, a mi juicio, el ser más grande, el ser más poderoso de la creación. Yo iré a rogarle y a suplicarle que acceda a mi petición y nos haga la merced de casarse contigo.

Y el religioso se preparó para aquella oración: bañó su cuerpo, arregló sus vestiduras, fuese a buscar al Sol y oró así en su presencia:

— ¡Oh, Sol, que fuiste creado por Dios, nuestro señor, para provecho y para merced de todas las cosas! ¡Tú que eres el ser más grande y más importante de la creación entera; que nos das calor, vida, en fin; que sin ti no podría la tierra subsistir, y que cuando te alejas de nosotros quedamos sumidos en las tinieblas y en la muerte! Ruégote que te cases con mi hija, ya que

ella me ha pedido que la dé por esposo el ser más fuerte, el ser más noble del mundo en que vivimos.

■ El Sol contestó así al ruego del religioso:
— Oigo tu demanda, hombre bueno y piadoso, y no quiero despedirte sin dar res-



Prosternado ante el Sol, el religioso comenzó a orar.

puesta a tu petición, atento a la honra y al amor que tienes con Dios, considerando tu virtud acrisolada y los méritos que has adquirido con tus penitencias, con tus sacrificios, con tus oraciones, con tu vida santa y recogida, que te hacen ser el primero entre todos los hombres. Yo no soy, en contra de

lo que tú crees, el ser más fuerte que hay en el Universo; otro más poderoso que yo existe, y a él te enviaré, para que le hagas tu petición.

— ¿Otro más fuerte que tú? — preguntó asombrado el brahmán, sin poder pensar quién podría ser.

— Sí, más fuerte que yo es el ángel que sostiene las Nubes; porque con la fuerza de las Nubes cubre mi fuerza, tapa y oculta mis rayos, no deja que me extienda por la haz de la tierra.

Besó el brahmán el suelo delante del Sol, levantóse de aquel lugar y tornóse hacia el sitio en que moran las Nubes de la mar. Llegó a la playa y llamó a las Nubes, que formaban sobre el agua montañas ingentes, de caprichosas formas, semejjando ciudades fantásticas iluminadas por luces extrañas de colores maravillosos. Y les dijo:

— ¡Oh Nubes, que domináis la tierra, que tenéis poder hasta para oscurecer al Sol e impedir que sus rayos benéficos caigan sobre la tierra y la fecunden y vivifiquen con su luz y calor! Yo tengo una hija y la he prometido casarla con el ser más fuerte de la creación; os ruego humildemente que

accedáis a mi súplica y la toméis por esposa.

Las Nubes del mar contestaron al religioso:

— Hemos oído lo que dices, y forzoso es reconocer que llevas razón al afirmar que Dios nos dió más fuerza que a otros muchos seres de la creación; pero no somos el ser más fuerte del mundo. Y atendiendo a tus méritos ante los ojos del Señor, queremos decirte cuál es el ser que tú andas buscando para marido de tu hija.

El pobre religioso no salía de su asombro, oyendo aquellas declaraciones.

— ¿Y cuál es ese ser? — preguntó humildemente.

— Es el Viento — dijeronle las Nubes —; el Viento, que nos lleva a donde quiere, que nos zarandea y nos empuja de un lado a otro: tan pronto nos hace tocar sobre la tierra, inundándola de agua, como nos eleva hasta lo más alto de los cielos, alejándonos de los ojos de los hombres. El Viento nos domina; frente a él nuestro poderio es inútil, nuestra fuerza es vana. ¡El Viento, el Viento es el ser más fuerte del mundo!

El religioso se fué en busca del Viento, y

hallóle encerrado en su caverna, en el fondo del mar, descansando de sus correrías por encima de las aguas y de las nubes. Hizole la misma petición que había hecho al Sol y a las Nubes, rogándole que se dignase acceder a ser el esposo de la hija del brahmán, la que se quería casar con el ser más fuerte.

— Sí, es cierto cuanto dices de mi poder, buen hombre: yo agito a mi capricho las aguas del mar y hago que sus olas se encrespen y se eleven formando montañas terribles, que caen sobre los barcos y los zarrandean y llevan a su capricho, burlándose de la voluntad y del esfuerzo de los hombres; yo empujo a las Nubes y las hago trasladarse velozmente de un lugar a otro; las amontono en un sitio y las disperso con la misma facilidad; las empujo unas contra otras, hasta producir del choque violento la horrisona tempestad, espanto de los pobres mortales, terror de los infelices labradores, que en un momento ven destruido su trabajo de muchos días, sus mieses machacadas, sus árboles arrancados de cuajo, su tierra fértil cambiada en páramo estéril de arena y de piedras. Y, sin embargo, hay

otro ser más fuerte que yo, a quien no he podido dominar nunca, que se resiste a los embates de mi fuerza.

— ¿Quién es? — le preguntó el religioso —. Te ruego que me lo digas, por amor de Dios, y yo iré a buscarle.

— El Monte, en cuya falda has buscado refugio — contestó el viento —, el Monte, ante cuya fortaleza me veo forzado a detenerme; el Monte, al cual no puedo conmovier a pesar de todos mis esfuerzos.

El brahmán se fué entonces a su gruta, y miró atentamente aquel Monte, alto, lleno de árboles, arbustos y maleza en sus faldas; coronado por bloques altísimos de piedra, cortados en tajos donde sólo las águilas podrían remontarse. Y habló al Monte como había hablado antes a los otros seres y le rogó encarecidamente que se dignase ser esposo de su hija, que quería casarse con el ser más fuerte del mundo.

— Razón llevas en alabar mi fortaleza — contestó el Monte al brahmán, pues estoy incommovible a la furia de los vientos desatados y de las tempestades desoladoras hace siglos y siglos. De mis laderas surgen árboles y plantas cada vez que la mano del

hombre las tala o las arrasa por necesidad o por ambición, y a los pocos años — minutos en el curso de los siglos — las tierras desnudas por la fuerza del hacha destructora, vuelven a estar cubiertas de vegetación más abundante cada vez hasta formar una selva inextricable. Las ingentes moles de piedra que coronan mi cúspide, hace siglos y siglos que están igualmente enhiestas, desafiando a todos los elementos, inaccesibles a la mano del hombre, propicias a acoger solamente a las águilas reales que forman su nido en las profundidades de los agujeros que el agua ha socavado en la roca. Y no obstante, he de confesarte que no soy el ser más fuerte del mundo. Hay otro ser más fuerte que yo, contra cuya fuerza no puede nada la mía, que me hace todo el daño que puede sin que yo sea capaz de evitarlo, por mucho que lo intente.

— ¿Y quién es ese? — preguntó el religioso extrañado.

— Un Ratón — contestó el Monte —; un Ratón, que me hace cuanto daño quiere, que me horada y agujerea por todas partes, y que será capaz de dar al traste con los cimientos profundos en que se asienta la

mole de mi poderío y de derrumbar la pesadumbre de mi elevada cúspide.

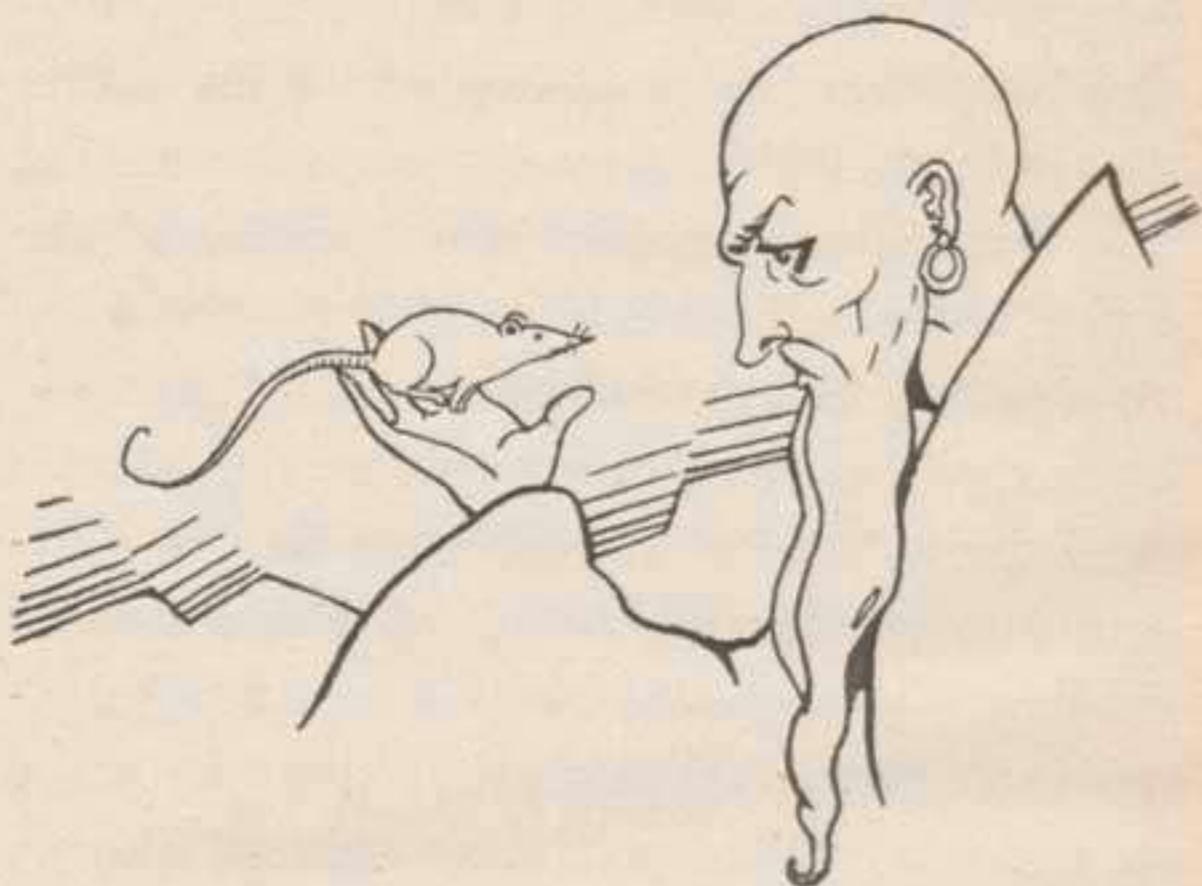
Entonces el religioso buscó pacientemente los agujeros del Monte, hasta que los halló; y llamó al Ratón y el Ratón salió a su requerimiento. Hablóle después con la misma llaneza que a los otros seres les había hablado y le pidió por favor que se casase con su hija, la que quería por marido al ser más fuerte de la creación.

—Efectivamente — contestó el Ratón —, yo tengo la fuerza que tú piensas, y socavo los cimientos de este Monte soberbio y orgulloso, que parece desafiar los embates de los siglos y no podrá resistir los que él creará inofensivos trabajos de zapa que yo le hago. Pero ¿cómo podría arreglarse que yo me casara con una mujer, siendo yo Ratón y teniendo que vivir forzosamente en cuevecillas y en agujeros?

Quedóse pensativo el religioso al oír tan discretas palabras, y fuese en busca de su hija, y le habló así:

— Ya sabes cómo hablé con los seres que yo creía más fuertes de la creación, desde el Sol hasta el Monte, en mi afán de procurarte por marido el ser más poderoso del

mundo; pero he hallado con asombro que el ser más fuerte es el Ratón, al cual me guiaron los otros seres y cuyo poderio es forzoso reconocer. Mas el Ratón dice justamente que cómo podrá ser marido de una



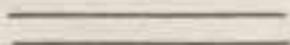
— Tengo la fuerza que tú piensas — contestó el Ratón.

mujer, si ha de vivir, por su naturaleza, en agujeros y cacheras. ¿Quieres que ruegue a Dios que te vuelva rata y así te podrás casar con el Ratón? Vivirás con tu marido en una cuevezuela, yo te iré a visitar y no te desampararé nunca.

— Padre — contestó la joven —, no dudo que tu consejo es el verdadero, y que debo

hacer esto que me propones. Basta para mí saber que tú lo tienes por bueno, para aceptarlo con gratitud.

El brahmán prosternóse en tierra, rogó a Dios que tornara a su hija en rata, y el Señor escuchó su ruego. Casóse entonces la que fué moza con el Ratón, entróse con él en su cueva y volvióse a su primitiva naturaleza.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
¡GUISANTES! ¡GUISANTES!.....	7
EL REY Y EL GENIO.....	53
LA NIÑA QUE SE VOLVIÓ RATA.....	113

